

Selección

TERROR

ADA CORETTI

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

EN LAS GARRAS DEL TERROR


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

341 – Historia de una tumba, *Clark Carrados*.
342 – La estera de vidrio, *Ralph Barby*.
343 – La marca maldita, *Clark Carrados*.
344 – La carroña está servida, *Lou Carrigan*.
345 – Nana por una difunta, *Curtis Garland*.

ADA CORETTI

EN LAS GARRAS DEL TERROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 346
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 28.420 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Rosemary no pudo contener su espanto al ver que aparecía una larguísima y enorme serpiente ante la puerta por la que ella pretendía salir de aquella casa de campo.

Una serpiente que, tras erguir siniestramente la cabeza, se puso en actitud de quien va a atacar de un momento a otro.

Fue tanto su espanto, que la muchacha gritó con todas sus fuerzas. Aunque no hubiera querido dar ese gusto al hombre violento, salvaje, con una profunda cicatriz en la mejilla derecha, que estaba en el interior de la casa, de quien ella se había separado tras darle un fuerte y desesperado empujón.

Aquel hombre se llamaba Tom Jagger y le había hecho llegar hasta allí valiéndose de una sucia y vil artimaña. Ahora sólo estaba pensando en desnudarla, en caer sobre ella, en violarla...

Pero ella, Rosemary Adams, no podía resignarse en ir a parar a sus torpes y sucias manos. No, claro que no. Cualquier cosa antes que eso.

Sin embargo, ella tampoco se veía capaz de hacer frente a aquella enorme serpiente, que si se enroscaba a su cuerpo acabaría con su vida del modo más horrible y espantoso que nunca pudiera haber llegado a imaginarse.

De forma instintiva, Rosemary fue retrocediendo poco a poco. Le horrorizaba la presencia de aquel hombre de la cicatriz en la mejilla derecha, su contacto, su aliento, todo él le repugnaba; pera le horrorizaba y le repugnaba aún más el verse tan cerca de aquel pavoroso ofidio.

La serpiente, por su parte, iba acercándose a ella. Cuando la muchacha más retrocedía, ésta más avanzaba arrastrando su cuerpo brillante y viscoso.

Dando un nuevo grito de horror, de espanto, la muchacha se metió en la estancia que estaba ya cerca de ella y cerró firmemente la puerta. Sólo entonces, apoyada de espaldas, pudo acompasar un poco los latidos de su corazón.

Pero no, no pudo ciertamente dejar de jadear. Ante ella estaba el hombre de la profunda cicatriz en la mejilla derecha, cuya boca babeaba de placer.

Sí, de placer, porque de antemano estaba ya disfrutando con la posesión de aquella muchacha virgen, guapa, que tantas veces con el pensamiento había hecho suya.

—Me prefieres a mí, ¿eh? —se rió Tom Jagger.

—No, no... —contestó ella, pegada a la puerta.

—Entonces, ¿prefieres a ese bicho? Pues anda, sal... No te refugies aquí... —y seguía riéndose.

—Es horrible, horrible... —murmuró Rosemary—. ¿Cómo se las ha ingeniado para encontrarla, para traerla hasta aquí, para...?

—Tenía que tomar mis precauciones, preciosa, por si te ponías tonta e intentabas dejarme con las ganas... Bueno, olvidemos tu desdén de hace unos momentos —hizo algo más suave su tono—, y volvamos a empezar...

Tom Jagger se acercó a la muchacha, cogiéndola por un brazo. Pero no pudo haber finura en su ademán, ni asomo de ello, pues era por naturaleza un hombre agresivo, que en todo momento rezumaba violencia y salvajismo.

—Déjeme,.. —suplicó Rosemary.

—Ni lo pienses —aseguró el hombre—. Te he hecho venir aquí para satisfacer mis instintos, para saciarme de ti... No saldrás de este lugar sin que me haya salido con la mía...

Como sea que la muchacha opusiera resistencia, Tom Jagger perdió la paciencia y la mano con que sujetaba el brazo femenino se hizo férrea y brutal como una garra.

—¡Ven aquí de una vez!

Y sin contemplaciones de ninguna clase la arrastró hacia la cama.

Una vez la tuvo allí, empezó a quitarle de encima la ropa a sacudidas, a trompicones, rasgándosela si era preciso. Era tanta su ansia por tener aquel cuerpo desnudo, que la impaciencia le cegaba.

Pero Rosemary se rebelaba furiosamente, con todas sus fuerzas. Ella no quería pertenecer a aquel hombre repugnante, asqueroso. ¡Si sólo de mirarle se le revolvía de náuseas el estómago!

Tantas fuerzas puso en su resistencia, aunque no pudo evitar que la ropa desapareciera de su cuerpo, que llegó a plantear un verdadero problema al hombre, a pesar de que éste era fuerte y vigoroso, más bien brutal.

Por lo que, finalmente, el hombre optó por coger una cuerda y sujetarla a los barrotes de la cama. Los brazos, a los barrotes de la cabecera, y las piernas a los barrotes del otro extremo.

Consiguió su propósito y entonces la miró deleitado... ¡Qué hermoso y tentador era aquel cuerpo desnudo, de piel fina, que se estremecía de miedo! ¡Qué maravillosas eran aquellas formas femeninas que palpitaban angustiosamente!

Se propuso caer sobre ella, como una bestia. En realidad no era otra cosa.

Pero en aquel instante pensó en que la serpiente podía complicar la situación, por lo que se decidió, antes de nada, a quitársela de en medio.

Por ello, se fue directamente hacia la puerta y la abrió. Antes, no obstante, se había apoderado de un hacha.

Así que la serpiente, rastreándose, sacó su cabeza por el dintel, ¡zas!, el hacha cayó implacable sobre su cabeza, separándosela del tronco.

El larguísimo cuerpo quedó cimbreándose, ondulándose, dando sacudidas. La cabeza siguió moviéndose de aquí para allá. Pero poco después, cuerpo y cabeza quedaron completamente inmóviles. No obstante, lo importante es lo que había sucedido entre tanto...

Rosemary Adams se había dado cuenta de que sobre la mesita de noche había un cuchillo.

¡Tenía que cogerlo! ¡Tenía que cogerlo. .!

Sería el único modo de poder defenderse de aquel hombre.

Pero estaba atada de pies y manos, con cuerdas fuertemente sujetas a las

muñecas y a los tobillos. ¿Cómo iba a poder librarse de tales ligaduras?

Empezó a dar sacudidas con sus brazos, intentando aflojar las cuerdas.

Sí, parecía que conseguía algo.

Las cuerdas ya no estaban tan apretadas.

Siguió tirando, retorciendo desesperadamente las muñecas. Una y otra vez. Pero se hacía daño, mucho daño. Incluso vio como la cuerda despellejaba su carne y hacía brotar la sangre...

Pero no podía darse por vencida. Tenía que insistir en aquella, evidentemente, su última esperanza.

Y sí, finalmente, logró desasir su mano derecha de las cuerdas que se la inmovilizaban.

Su mano, entonces, fue directamente hacia él cuchillo.

Lo cogió.

Lo agarró fieramente.

A tiempo.

Ya tenía a su lado a Tom Jagger, que se disponía a efectuar con ella el acto sexual.

Antes de pensárselo dos veces, Rosemary Adams alzó el brazo y asestó una cuchillada en medio de la espalda de él. Su cuerpo había caído sobre el de ella, así que pudo hacerlo con relativa facilidad.

Pero una cuchillada podía ser poco. Tenía que tomar precauciones, de lo contrario estaría perdida. Y volvió a acuchillarle...

Y lo hizo otra vez.

Y otra.

Le dio, exactamente, veinte cuchilladas.

En su excitación, acabó emborrachándose en aquella sangre que fluía y fluía del cuerpo del hombre, de su espalda, y que acabó manchándole...

El hombre gritó la primera vez. También la segunda, aunque menos. La tercera vez apenas gimió. Luego ya no dijo nada. Permaneció en silencio, quieto.

Cuando dejó de acuchillarle, claro está, hacía ya rato que estaba muerto.

Ella, entonces, le empujó, y su cuerpo rodó sobre el otro lado de la cama.

Rosemary dejó el lecho, primero sentándose en su borde y luego poniéndose en pie. Seguidamente se vistió.

Se vistió, si bien sus ropas se hallaban rotas, rasgadas, impresentables. Sobre todo la blusa de color azul claro, con florecillas blancas, estaba hecha una verdadera lástima. Aunque tampoco estaba mucho mejor la falda, de color beige, plisada.

Como sea, Rosemary Adams se vistió y salió rápidamente de aquella habitación. Antes, no obstante, tropezó con la cabeza de la serpiente y también con su cuerpo, ahogando dos pequeños gritos.

Cada vez más tambaleante, abandonó por último la casa de campo.

Una casa de campo situada a unos dos kilómetros de la localidad de Mewisson, lugar donde ella vivía.

Al salir, era ya de noche. Una noche intensa, cuya oscuridad parecía agresiva y daba la sensación de morder...

* * *

Rosemary Adams se despertó en un amplio y confortante dormitorio.

Todo había sido un mal sueño.

Un sueño más.

Sí, uno más, porque ya no era el primero que tenía de tal o parecida índole.

Sin embargo, éste había sido el más espeluznante. Por lo demás, lo había vivido tan profundamente, con tal intensidad, que parecía como si todo aquello hubiera sucedido verdaderamente.

En otras ocasiones también había experimentado la misma sensación. Y no sólo eso, puesto que el hecho que ella había vivido en sueños, luego había podido comprobar, en el periódico, que se había llevado a cabo en otra parte y que la víctima que hubo en su pesadilla la hubo también en la realidad. Exactamente, pues, el mismo hecho. Exactamente, pues, la misma víctima.

Lo que había provocado, ya desde la primera vez, una impresión difícil de definir, de explicar. Impresión vivísima que, asustándola, angustiándola, la había llevado directamente a la visita del psiquiatra, doctor Reevens. Porque todo aquello resultaba inquietante. Porque todo aquello resultaba, a la vez, inexplicable.

Pero lo de ahora, el sueño del que acababa de despertar, rebasaba con creces todo lo experimentado hasta entonces. La veracidad imprimida a este último sueño le daba casi la seguridad de que... no se había tratado de una simple pesadilla.

Parecía absurdo pensar así.

Parecía ridículo.

Absolutamente ridículo y absurdo.

¿No acababa de despertar en su cama, en su propia habitación...? Entonces, ¿a qué dejarse guiar por esa escalofriante sensación...?

Lo pensó mejor.

Se esforzó por tranquilizarse.

Pero, de pronto, la saliva se le quedó materialmente paralizada en la boca y los dientes empezaron a castañearle, dando furiosamente unos contra otros.

Acababa de ver que tenía las muñecas heridas, sangrantes, sobre todo la de la mano derecha.

Pestañeó. No podía creerlo. Ella sabía que cuando se acostó no le sucedía nada a sus manos.

Temblando, se miró mejor a sí misma. Un gemido ahogado subió por su garganta y salió roncamente por entre sus labios. ¡Sobre su cuerpo había varias manchas de sangre!

Saltó de la cama tratando de huir de sus sospechas.

Pero al poco había de quedar inmóvil, realmente paralizada. Dominada por

el espanto, por el horror.

Acababa de ver su ropa...

Acababa de ver la blusa azul con florecillas blancas y la falda de color beige, plisada. Lo que llevaba encima antes de acostarse. Lo mismo que vestía en el sueño.

La blusa estaba rasgada, deshecha, y la falda también se hallaba medio destrozada...

No, no era posible.

Pero sí, era posible.

Sus ojos lo estaban viendo.

CAPITULO II

Por teléfono había ya explicado al psiquiatra, doctor Reevens, el nuevo sueño que había tenido. Nerviosa, excitada, atropelló las palabras, balbuceó, pero al final de cuentas se hizo entender.

—Venga a verme esta misma tarde.

Rosemary Adams se presentó allí a primera hora. Necesitaba hablar cuanto antes de todo aquello. Necesitaba desahogarse. No podía más con sus nervios.

Hubiera sido distinto de tener otra clase de familia. Entonces hubiera buscado allí, en su propia casa, la ayuda que tanto estaba precisando. Pero en su caso era inútil. Ninguno de los suyos le merecía la suficiente confianza.

Por eso se apresuró a visitar al doctor Reevens, un hombre mayor, con el cabello blanco, que solía hablar con tono lento, pausado, y que, por lo demás, como buen psiquiatra, tenía la virtud de saber escuchar con la máxima paciencia.

En esta ocasión, sin embargo, no dejó que la muchacha hablara mucho rato. Es cierto que le dejó explicar nuevamente el sueño que había tenido y todo lo demás, pero la verdad es que no le permitió dilatarse en pormenores superfluos.

—Lo juzgo innecesario —le dijo.

—¿Usted cree...? —Se asombró la muchacha, añadiendo—: Pero si lo de la blusa y la falda es algo tan inexplicable que por más que diga e insista en ello...

—Es tan inexplicable —el psiquiatra la interrumpió—, que he llegado a la conclusión de que usted, señorita Adams, no me necesita a mí, sino a mi amigo Stanley Pammell.

—¿Stanley Pammell? —inquirió—. ¿Otro doctor...? ¿Acaso algún especialista...? Sí, claro, de eso debe tratarse.

—No se trata de eso —contestó el psiquiatra—. Porque usted, señorita Adams, no necesita de ningún doctor. Se halla perfectamente sana y cuerda.

—Entonces, ese señor llamado Stanley Pammell... —preguntó—. No lo entiendo...

—Es un detective privado, que estoy seguro resolverá su problema del modo más efectivo y eficaz posible —se lo soltó de pronto, sin querer por lo visto andarse por las ramas.

—¿Un detective? —se había sentido tan asombrada, que se quedó parpadeando durante largo rato.

—Sí, eso he dicho —ratificó el doctor Reevens. Y sin más—: Venga, señorita Adams, se lo presentaré —acercándose a la muchacha, la cogió por una mano y estiró de ella.

La condujo a la estancia contigua, una pequeña salita. Donde se hallaba un hombre joven, cuyo cuerpo evidenciaba a las claras la práctica de varios deportes. Tenía la tez bronceada por el sol y los ojos del color del acero.

—La señorita Rosemary Adams... Stanley Pammell, detective...—presentó el psiquiatra, añadiendo a continuación—: El señor Pammell está ya al corriente de todo, así que le dejo en sus manos con entera confianza.

—Pero, yo..., yo...—balbuceó la muchacha.

—Encantado de conocerla, señorita Adams —saludó cordialmente el joven y atlético detective—. Permítame decirle, ante todo, que estoy gratamente sorprendido. No me esperaba tener como cliente a una chica tan encantadora.

—Gracias, gra...cias... —balbuceó ella, nuevamente—. Pero, con franqueza, no.,., no termino de comprender para qué puedo yo necesitar a un detective...

—Es fácil de explicar —dijo el psiquiatra, doctor Reevens—, pero yo no tengo tiempo de explicárselo porque me esperan mis enfermos, que como usted sabe son lo primero para mí. Como usted de enferma no tiene nada —aclaró—, me limito a dejarla con Stanley Pammell.

—Sigo sin hacerme cargo...

Fíese de mi amigo, señorita Adams. Stanley Pammell es de absoluta confianza en todos los sentidos... Bueno —carraspeó un poco—, quizá en todos no... Me refiero —bromeó ahora—... a que en seguida se mete a las mujeres en el bolsillo. No sé cómo se las arregla, pero es un auténtico rompecorazones.

Poco después, el psiquiatra había vuelto ya a su consultorio, a su despacho. Y ellos dos, Stanley Pammell y Rosemary Adams habían quedado frente a frente mirándose de un modo un poco tonto.

Bueno, eso sólo por lo que atañe a la muchacha, que en modo alguno se esperaba aquello y que se sentía, pues, altamente desconcertada. Todo lo contrario, verdaderamente, de lo que le sucedía al detective, un hombre competente, lleno de vitalidad y energía, que en brevísimos instantes se hacía cargo de cualquier situación. Para eso tenía unos reflejos rapidísimos, que indudablemente funcionaban, si era preciso, a cien por hora.

—Siéntese, señorita Adams. Nos ceden este saloncito por el tiempo que necesitemos, así que debemos aprovechar el ofrecimiento para charlar y empezar a hacernos buenos amigos, eso facilitará las cosas. Oiga, ¿qué le parecería que para empezar la llamara Rosemary...? Si ése es su nombre, no puede haber ningún mal en ello, ¿no cree?

—De acuerdo —repuso, la muchacha—. Pero, por favor, dígame qué es lo que usted y el doctor se llevan entre manos.

—Su psiquiatra es mi amigo, ya se lo ha dicho él mismo, ¿no? Y me ha mandado llamar, porque todo lo que le sucede a usted cree que me corresponde más a mí que a él.

—No termino de hacerme cargo... Le aseguro que no... —seguía aturdida, altamente desconcertada.

Aunque no tanto como para no haberse dado cuenta de que Stanley Pammell era todo un tipo. De esos que gustan a las mujeres, haciéndoles

suspirar.

—Ante todo, Rosemary —empezó a decir el detective—, tiene usted que comprender que sus sueños son ridículos...

—Sí, lo son —dijo ella—. Bueno, lo serían si después no resultara que... que... —pero se detuvo, no atreviéndose a concluir la frase.

—Prosiga —le animó Stanley.

—Si está al corriente de todo —dijo Rosemary—, sabrá usted que después de mi sueño, de mi pesadilla, de lo que en realidad sea... Después —repitió—, resulta que tal hecho se ha producido efectivamente...

Se detuvo de nuevo, pero esta vez Stanley Pammell no objetó nada. Se dio cuenta de que la muchacha iba a proseguir.

En efecto, así que respiró un poco hondo, Rosemary continuó hablando,

—En todos mis sueños hay siempre un crimen... Soy yo quien mata, a cuchilladas... Siempre doy veinte cuchilladas, exactamente... —en vano había pretendido que la voz saliera con cierta firmeza—. Aunque, claro, lo peor viene luego... Ya sucedió así la primera vez, ¿sabe? Me desperté sobresaltada, pero al ver que aquello no había sido más que una pesadilla, me tranquilicé... Supuse que había sido un sueño horrible, pero sólo eso... Pero luego, cuando al día siguiente leí en el periódico que recibimos de Londres...

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Stanley, aunque sabía de sobras la respuesta.

—Sucedió que en la página de sucesos, se hablaba del crimen que «yo» había cometido. ¿Se hace cargo de todo mi horror...?

—Sí —se limitó a decir el detective.

—El mismo hecho, análogo lugar, todo exacto... Ni calcado... Se me erizaron los cabellos. Sólo se me ocurrió venir aquí, a este consultorio.

—Bien hecho, por descontado.

—Creía, no obstante —prosiguió diciendo Rosemary—, que algo semejante no volvería a repetirse... Pero me equivoqué, ¡y de qué modo! Desde entonces he tenido varias pesadillas como ésa, aún peores... En verdad, cada vez son más horribles... Y cada vez el periódico que al día siguiente nos llega de Londres, habla de lo que yo «he hecho». ¿Empieza a comprenderme?

—Desde luego —se limitó de nuevo a asentir.

—Pero el sueño de ayer noche, es ya demasiado... ¡No, no me veo capaz de soportar una situación así, creo que voy a desquiciarme!—exclamó, ocultando el rostro ante las manos.

—No debe dramatizar —repuso Stanley Pammell dándole unas palmaditas en la espalda—. Me hago cargo de su angustia, de su desazón, pero si razona con calma se dará cuenta de que el asunto no es tan espantoso como parece a primera vista...

—¿Que no? —Se asombró Rosemary, separadas ya las manos de su linda fisonomía—. ¿Que no es tan espantoso...? ¿Acaso quiere aún más...? —Y esforzándose por recobrarse—: Quizá usted ignora los pormenores. Ahora me refiero a esta última pesadilla que he sufrido, la de ayer noche.

—Creo estar al corriente de todos los pormenores. Al levantarse, se ha visto las muñecas heridas... A ver... —le cogió as manos, observándoselas—. También ha encontrado rotas, rasgadas, sus ropas.... su blusa, su falda... Todo igual que en el sueño...

—Sí, sí —asintió Rosemary Adams—. No me diga que no es para perder los nervios.

—Es posible. De todos modos...

—Además, usted aún ignora lo que rubrica de un modo verdaderamente escalofriante todo eso.

—¿Qué es ello?

—El periódico.

—¿El periódico que reciben de Londres?

—Sí, a diario.

—Dígame...

—Mire, aquí lo traigo —buscó en su monedero, que hasta entonces llevara colgado del hombro, echado hacia atrás—. Aquí está la página de sucesos... Lea, por favor...

Stanley Pammell lo cogió, leyendo el epígrafe que la muchacha le indicaba con su dedo índice.

«Un hombre llamado Tom Jagger es asesinado en su casa de campo. Le asestaron veinte cuchilladas en la espalda.»

—¿Ve usted...? —Se estremeció la muchacha—. Tom Jagger, el mismo hombre que yo maté en el sueño...

—¿Y cómo sabe que era precisamente él? —preguntó—. ¿Acaso lo conocía usted?

—No, en absoluto. Ni le conocía ni nunca había oído hablar de él. Pero en el sueño estaba claro, aquel hombre se llamaba Tom Jagger.

—Continúe...

—Ha de ser usted quien continúe. Lea, lea, y se hará cargo de todo.

Stanley Pammell leyó lo que ponía a continuación.

«No lejos del cadáver del hombre, hallado en una cama, cuya colcha rezumaba sangre, apareció una enorme y larguísima serpiente muerta. Esta había sido decapitada, al parecer con un hacha que fue encontrada en la misma habitación.»

—Y en su pesadilla, ¿también existió esa serpiente?— volvió a inquirir Stanley Pammell.

—Sí, sí —afirmó Rosemary con nerviosa precipitación—. Todo igual, absolutamente todo...

—Pues eso —sentenció el detective—, comprenda que no puede ser. Si usted estaba en su casa, en su propio dormitorio, no podía estar en otra parte. ¿De acuerdo?

—Bueno, sí, pero... —vaciló la muchacha.

—Sin peros.. No podía estar en la casa de campo si estaba en su dormitorio. Se trata, por tanto...

—¿De meras coincidencias? ¿Se refiere a eso?

—No —negó al mismo tiempo con la cabeza.

—¿No...?

—Resultaría ilógico dar como aceptables tantas coincidencias. Así, pues, hemos de buscar por otra parte. La explicación existe, tiene forzosamente que existir, así que sólo nos falta encontrarla.

—Ahora aún lo entiendo menos. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Sencillamente, a que alguien está en contra de usted

—¿Alguien...?

—Sí, tiene usted un enemigo. Un enemigo peligroso, aunque evidentemente sabe encubrirse; de ello, por lo que veo, que usted no desconfíe de él, o de ella...

—¿Un enemigo? —Volvió a inquirir —¡Oh, no, a mi todo el mundo me quiere bien!

—Eso cree usted, pero puedo asegurarle que lo que supone no se ciñe a la verdad. Ese alguien la odia y le desea todo el mal posible.

—No puedo creérmelo...

—Por lo demás, debe pretender algo, indudablemente.

—¿Pretender...? ¿El qué...?

—No lo sé. ¿Tampoco lo sabe usted?

—No, no... De veras que no.

—Pensaré por usted. Único modo de empezar a aclarar las cosas. Único medio, al menos, de intentarlo. Espero que quiera colaborar.

—Sí, por descontado, pero... ¿cómo? ¿Qué puedo hacer?

—Para empezar, explicarme su vida. Pero su vida ha de empezar ahondando en la de sus padres, quizá incluso en la de sus abuelos. ¿Se hace cargo?

—Sí.

Stanley Pammell sonrió.

—Adelante —dijo—. La escucho.

* * *

—Peter Adams era el tercer hijo de un acaudalado financiero. El único hijo que seguía con vida. Los otros dos habían muerto en desafortunados accidentes.

¿Peter Adams era el orgullo de sus progenitores. O mejor dicho, fue el orgullo de ellos hasta que comprendieron que tenía perturbadas sus facultades mentales.

»Sin embargo, sus padres intentaron ocultar aquella desgracia a los ojos del mundo. Lucharon denodadamente para que nadie se enterara de aquella trágica y amarga verdad.

»Cuando Peter Adams, a sus veinticinco años, conoció a Joanna, una muchacha de buena familia, aunque pobre, sus padres creyeron que habían

dado ni más ni menos con lo que ciertamente su hijo necesitaba.

«Convencidos de ello, hablaron con los padres de ella, intentando persuadirles de la conveniencia de una unión entre ambos.

»La idea no terminó de complacer a los padres de Joanna, esto es lo cierto. No veían muy equilibrado a Peter Adams, aunque hay que reconocer que por aquel entonces disfrutaba de una temporada aceptable. Sin embargo, ellos estaban poco menos que en la ruina y Peter Adams era el hijo único de un riquísimo financiero. Acceder a aquella unión significaba convertir a su hija en millonaria.

«Dialogaron con Joanna, haciéndole ver el pro y el contra de la cuestión. Y ella, que en cualquier otro momento se hubiera negado rotundamente a acceder a tal tejemaneje, aceptó en esta ocasión. Aceptó sin necesidad de pensárselo más allá de unos breves minutos.

»Ella amaba a un militar. A un hombre joven y apuesto, al que creyó soltero y había resultado que estaba casado. Por su culpa acababa de sufrir el desengaño más grande de su vida. Así que ya todo le tenía sin cuidado.

»La boda se celebró con rapidez y la unión, al principio al menos, pareció ir por buenos derroteros. Pero no tenían hijos y eso contrariaba a los padres de Peter. Bueno, a su padre, ya que su madre falleció repentinamente poco después de la boda de su hijo.

»El acaudalado financiero deseaba fervorosamente un nieto, un niño en quien depositar su cariño y su amor, a quien poder legar toda su cuantiosa fortuna.

«Pero no, ese hijo no llegaba y los años iban transcurriendo.

«Hasta que un día, cuando ya todos desesperaban de ello, Joanna quedó embarazada.

»La euforia del padre de Peter fue inmensa, inenarrable. No así la del propio Peter, que por aquellos días sufrió una grave crisis.

«No nació un niño, sino una niña, a la que le impusieron el nombre de Rosemary. Pero, por desgracia, Su madre no pudo resistir el parto y falleció de una hemorragia.

»La mansión que tenían en la localidad de Mewisson, donde últimamente vivían todos ellos, se llenó de sombras v de tristeza.

»Sin embargo, unos dos años después, Peter Adams, que volvía a estar algo mejorado de su dolencia, conoció a Olivia Massey y contrajo matrimonio con ella.

»O1ivia Massey era viuda y tenía una hija de tres años. Ella había cumplido ya los treinta y era bastante fea, aunque la verdad es que tenía una mirada clara, suave, acariciadora, qué concedía un particular encanto a su expresión.

»Al padre de Peter, el acaudalado financiero, no le satisfizo esta segunda unión, que en realidad se llevó a cabo en contra de su voluntad. Pero Olivia Massey supo, poco a poco, hacerse agradable a aquel hombre que sólo pensaba en Rosemary, su nieta, una niña que era ciertamente una delicia de

chiquilla.

«Para hacerse agradable Se bastó, en principio, tratar a Rosemary con el mismo cariño que a su propia hija. Un cariño, por lo demás, que no tenía que esforzarse mucho en exteriorizar ya que la pequeña se hacía querer en seguida.

«Luego, años después, el financiero enfermó. Una grave dolencia, que él supo desde el primer momento que no tenía cura.

«Entonces, Olivia Massey volcó todas sus mejores y más escogidas atenciones en el enfermo, dispensándole una ternura ilimitada. Fue lo que faltaba para que aquel hombre comprendiera que Olivia Massey era una mujer de incontables virtudes, la mejor mujer que su nieta podía haber encontrado para llenar el hueco de su madre.

«Peter Adams, por aquel entonces, se suicidó. Le dio un nuevo ataque y sin saber lo que hacía se echó a la vía del tren. Su cuerpo acabó destrozado. Y así concluyó una vida que en verdad debió acabar entre las tapias de un manicomio.

»E1 financiero sufrió un rudo golpe, pero se consoló pensando en la nieta a la que cada día quería más.

«Viendo ya su fin próximo, decidió legarle la totalidad de su fortuna. Pero ¿y si con los años Rosemary demostraba haber heredado la demencia de su padre? Este temor le asaltó, privándole del sueño durante muchas noches. A su padecimiento físico, añadía esa duda horrible, espantosa,

«Optó, finalmente, por legar a Rosemary su fortuna, que podría cobrar cuando cumpliera los veintiún años, siempre y cuando hasta entonces no hubiera dado síntomas de locura. En caso afirmativo, la herencia iría a parar a manos de Olivia Massey.

»A ésta le hizo la siguiente advertencia:

»— Si se da ese desdichado caso, todo será para ti,—Olivia, pero a la condición de que protejas a mi hija en todo momento. A la condición de que nunca dejes de darle el cariño que le has dado hasta ahora,

»— Puede estar seguro —le contestó ella—, de que la he querido y la seguiré queriendo como si de mi propia hija se tratara. De todos modos —añadió—, no sufra usted, Rosemary ha nacido sana... Todo irá bien...

»E1 financiero falleció unos meses después.

«Desde entonces, Olivia Massey pareció esforzarse por querer más y más a aquella encantadora niña que era Rosemary.

«Una niña que contrastaba enormemente con la suya propia, Carol, pues ésta era feúcha, poca cosa, sumamente insignificante.

«Diferencia que, por lo demás, se acentuó con el paso del tiempo. No sólo porque Rosemary sé hacía cada vez más guapa, sino porque Carol se cayó en cierta ocasión por la escalera de la casa, rodando hasta abajo, quedando inconsciente sobre el suelo del gran vestíbulo. Y a partir de entonces fue como si se hubiera vuelto más infantil. Como si se hubiera quedado algo tonta.

«La diferencia entre ambas niñas, pues, resultaba manifiesta. Pero no por eso Olivia Massey sentía envidia de la que no era su hija. Por lo menos, en ningún instante de su vida exteriorizó tal sentimiento. Ella seguía portándose corno una verdadera madre para ambas, sin diferencias de ninguna índole.

«Así fueron transcurriendo los años y las dos niñas se convirtieron en dos muchachas casaderas.

«No obstante, nadie parecía fijarse en Carol. Porque era poco favorecida físicamente y además porque carecía de dote. De tenerla, sin duda todo hubiera sido muy diferente.

«Sólo al llegar a ese momento en sus vidas, fue cuando Olivia Massey dio la sensación de mirar a Rosemary, en determinados momentos, con cierto velado resquemor. Debía estar pensando que su hija era, en todo, física y económicamente, el reverso de la guapa y acaudalada Rosemary.

«Bueno, eso de acaudalada cuando cumpliera los veintiún años y se hiciera cargo de la herencia de su abuelo. Hasta entonces, era ella, Olivia Massey, quien por expreso deseo del abuelo administraba la susodicha fortuna.

«Pero no, en realidad Olivia Massey no miraba con resquemor a Rosemary. Sólo que se hacía cargo de la situación y algo, como madre, le dolía dentro. Eso era todo.

«Sin embargo, sucedió algo que hizo que, si sentía alguna pena, ésta se suavizara enormemente.

»Un día Carol conoció a un joven trapecista. Un circo había estado en la localidad, en Mewisson, durante una semana. Casualmente se habían conocido y tratado. Cuando el circo se fue, el joven, que se llamaba Daniel Haddon, se quedó allí. Según dijo a Carol, deseaba casarse con ella.

«Olivia Massey se sintió feliz. Veía muy enamorada a su hija. Hubiera quizá deseado algo mejor para ella, pero dadas las circunstancias no se quejaba. Todo lo contrario, se alegraba de que las cosas hubieran sucedido de aquel modo.»

CAPITULO III

—Bueno, creo que más o menos ya se lo he explicado todo —dijo Rosemary al llegar a este punto de su narración.

Tenía baja la mirada. Le había resultado sumamente violento tener que decir a aquel detective tan arrogante, tan flamante, que ella era hija de un perturbado mental.

—Quedan por aclarar, sin embargo, varios pormenores— repuso Stanley Pammell. Y preguntó, yendo directo a lo que consideraba más primordial—: Para empezar, ¿se siente usted acomplejada, Rosemary, por saber que su padre...? —no concluyó la frase, sabía que era innecesario hacerlo.

—Había ya superado esa fase —la muchacha alzó sus bonitos ojos oscuros, adornados de largas y espesas pestañas—. Me sentía sana y en pleno uso de mis facultades, así que había llegado a sentirme completamente tranquila. Sin embargo —reconoció—, a partir de esos sueños, de esas pesadillas... —tampoco ella, ahora, concluyó la frase.

—Comprendo su actual estado de ánimo —asintió Stanley—. De todos modos, ha de volver a sentirse tranquila, ¿de acuerdo?— y completó—: Todo lo que le está sucediendo, no tiene su motivación en usted misma, sino en el proceder de alguien que vive junto a usted, o cerca de usted. Supongo que me entiende.

—Entiendo que se ha propuesto sostener su teoría, es decir, dar con mi «enemigo»—y recalcó la última palabra.

—Eso es.

—Pues yo no creo...— empezó a decir.

—Dígame —Stanley Pammell la había interrumpido—, ¿qué clase de persona es, exactamente, su madrastra? Me interesa mucho saberlo.

—Ya le he hablado de eso, ¿no? —Y hacía alusión a la explicación que acababa de llevar a efecto—. Es una buena mujer, que en todo momento se ha portado inmejorablemente conmigo.

—Sin embargo, usted no le ha explicado a su madrastra nada de lo que últimamente le sucede... Si tan buena es con usted, ¿por qué esa falta de confianza? ¿Teme acaso —quiso saber —que pueda creer que empieza a sufrir los primeros síntomas de una enfermedad hereditaria...?

—No, no se trata de eso, se lo aseguro —se defendió Rosemary.

—¿Entonces...?

—Me había olvidado de mencionarle a Herbert Wilson —repuso la muchacha.

—¿Herbert Wilson? —inquirió—. ¿Quién es?

—Nuestro administrador. Vive con nosotros, en nuestra misma casa. Le cogió a sus órdenes nuestro abuelo y desde entonces es como uno más de la familia. Es un hombre de mediana edad, inteligente, que lleva a mi madrastra por el camino que quiere. Me refiero —puntualizó —a que Olivia Massey es

de un temperamento influenciable, por lo que cede con excesiva facilidad ante la persuasión de los que saben merecer su confianza. Si yo le hubiera explicado a mi madrastra lo que me sucedía, a ella le hubiera faltado tiempo para ir a pedirle consejo a nuestro administrador... Siempre hace lo mismo, por pequeño que sea el problema que se le plantee.

—Y a usted no le cae simpático Herbert Wilson, ¿no es eso?

—No, en absoluto.

—Incluso, tal vez, desconfía de él... Quiero decir, que quizá se le ha ocurrido pensar que no lleva sus cuentas con la debida corrección. Abusando de la confianza que le tiene su madrastra...

—No, eso no —dijo Rosemary Adams—. Me consta que nuestro administrador es un hombre honrado, sin tacha en ese sentido. Sé —agregó—, que manipula con mi dinero, bueno, con el dinero que será mío así que cumpla los veintiún años, pero no, no recelo en absoluto de él. Me consta que lleva perfectamente nuestros negocios. Sin embargo, ese hombre tiene para mí algo que repele...

Pareció arrepentirse de haber pronunciado la última palabra. Ciertamente no había para tanto. Había exagerado.

—Tiene para mí algo desagradable —era como corregir, como suavizar lo dicho anteriormente.

—¿Por qué no me lo explica un poco mejor? —Propuso Stanley Pammell —. Me interesa meterme bien en el caso.

—Verá... —dijo Rosemary. Y prosiguió tras un ligero embarazo— En cierta ocasión me estrechó entre sus brazos y me dijo que me amaba. Había bebido, estaba borracho, y el aliento le apestaba... Me dio náuseas tenerle tan cerca... No pude evitarlo... Desde entonces, siento una sensación muy desagradable cada vez que me mira. Reconozco, no obstante que aquella fue la primera y la última vez que le he visto borracho. Quizá, para declararse, necesitó estimularse... No queriendo pecar de severa, debo admitir esa posibilidad... A pesar de todo, guardo un mal recuerdo de aquel día.

—¿Qué respondió usted a su declaración de amor? Sí no es indiscreción por mi parte...

—Le dije que podía ser mi padre. Entonces él asintió, reconoció que era así y me pidió disculpas por su atrevimiento.

—¿Eso fue todo?

—Sí. Bueno, en otra ocasión, más adelante, volvió a rogarme que le disculpara sus palabras de aquel día. Yo le respondí que era él quien debía disculparme a mí. En fin, todo en un conjunto no tiene nada de extraordinario, nada de particular. Aun así, reconozco que ese hombre no termina de ser de mi agrado.

—¿Existe alguien más que viva en la casa, o quien la frecuente con asiduidad? —preguntó Stanley Pammell a continuación.

—A excepción de la servidumbre, nadie más vive con nosotras.

—Conforme. ¿Y referente a quienes frecuentan la casa con cierta

asiduidad...?

—Hay un joven que se llama Mark Hopkins, que vive en un chalet que ha alquilado en las afueras de la localidad. Está escribiendo una novela y necesita soledad y silencio para mejor concentrarse. Lo que no le impide ir a menudo a visitarnos. Es un joven muy agradable.

—Que está sentimentalmente interesado por usted, ¿no cree? —Stanley demostró que no se le escapaba una.

Le habían bastado aquellas pocas palabras en la boca de la muchacha, para sacar esa acertada conclusión.

—Sí, en efecto —asintió ella—, está interesado por mí.

—¿Y usted? —preguntó el detective.

—Es un joven muy agradable, ya se lo he dicho.

—Lo que no es decirme nada en concreto.

—No me lo imagino como futuro marido — amplió Rosemary—. No sé, pero creo que mi ideal es otro.

—¿Acaso lo es —bromeó Stanley Pammell—, un hombre que se parezca más a mí? —Y antes de dar tiempo a que la muchacha pudiera objetar algo—: Por lo que a mí respecta, usted es exactamente, palabra de honor, el sueño de mi vida.

—No me hable más de sueños...—contestó ella—. Ya hay bastante con los míos, que no son ciertamente nada románticos.

* * *

—He tomado una decisión —acababa de decirle Stanley Pammell, tras haber reflexionado un rato—. Ya sé, por dónde vamos a empezar.

—Dígamelo para que yo también lo sepa.

—¿Le gustaría que la pintaran? —preguntó el detective, sin pausa apenas —. ¿Le gustaría que un pintor fuera a su casa y plasmara su bonito rostro en un lienzo?

—Francamente, preguntado así de pronto...—vaciló la muchacha, sin saber en realidad qué responder.

—Pues ya está. Un pintor va a hacerle un cuadro. El pintor, mientras dure el trabajo, vivirá en su casa. El pintor —puntualizó —voy a ser yo.

—¿Usted? —se sorprendió Rosemary.

—Sí, y voy a hacérselo bien, no vaya a imaginarse algo distinto. Le advierto —aclaró —que hice una exposición hace unos cuatro años. Mi madre deseaba que yo fuera pintor, como lo fue mi padre. Pero la verdad es que a mí no me tiraba eso de los pinceles y terminé dedicándome a lo que me gustaba, a detective. Pero ahora va a servirme el aprendizaje de otros tiempos.

—¿Quiere usted decirme que va a venir a mi casa, que se va a instalar en ella y que me va a pintar?

—Ni más ni menos.

—Y eso, ¿con qué objeto? —preguntó.

—Fácil de adivinar, ¿no cree? Mientras viva en su casa, tendré ocasión de tratar a Olivia Massey, su madrastra; y a Carol, su hija; y al prometido de ésta, el trapecista que según me ha dicho se llama Daniel Haddon. Tendré ocasión de conocer, asimismo, a Herbert Wilson, el administrador, y también, claro está, a ese joven novelista que se llama Mark Hopkins... Tendré la ocasión —repitió —de conocer y de tratar a todos y de sacar las primeras conclusiones. Sólo las primeras me llevarán a las últimas.

—Sí, claro —asintió la muchacha.

—Entonces, ¿le parece bien? ¿No tiene nada que objetar a mi idea?

—No, en absoluto.

—¿Y qué opinará su madrastra? —Quiso saber—. Quizá no le siente bien la idea, ¿verdad?

—Mi madrastra no me ha negado nunca el menor capricho, y si yo le digo que deseo que me pinten un cuadro, le parecerá bien. Todo lo que hago yo siempre le parece bien.

—Siendo así, perfecto —y para terminar de atar cabos—: Mañana mismo me presentaré en su casa y quedaré instalado allí hasta que termine el cuadro. Usted informe a su familia de mi próxima visita.

—Así lo haré,

—Y no se preocupe por nada —sonrió Stanley Pammell —; como le ha dicho el doctor Reevens, queda usted en buenas manos y agregó—; Por si no lo sabe, se lo digo yo, soy el mejor detective de todo Londres.

—Entonces, debe usted cobrar muy caro.

—Sí, lo reconozco. Pero a usted le haré un precio de favor.

—No tiene por qué hacérmelo, puedo pagarle lo que me pida.

— Cuando todo haya acabado bien, porque acabará bien, no lo dude, preferiré, a la hora de presentarle mis honorarios...

—¿Qué preferirá? —preguntó ella.

Stanley Pammell volvió a sonreír. Dijo simplemente:

—Preferiré pedirle un beso.

CAPITULO IV

Olivia Massey había parpadeado cuando su hijastra Rosemary le había dicho aquello. No había podido disimular su asombro.

—Si ése es tu deseo —terminó diciéndole—, por mí no hay el menor inconveniente...

—Y yo, mamá —intercaló Carol, que estaba presente—, ¿no podré pedirle que me pinte a mí también?

Antes de que respondiera la aludida, lo hizo Rosemary.

—Claro que sí, Caro! Primero me pinta a mí y luego a ti. Es cosa hecha.

—¡Oh, qué bien! —y palmoteo como una niña a la que le aseguran que van a regalarle un juguete. Luego añadió—: Eres muy buena, Rosemary. Te quiero mucho.

—No más de lo que te quiero yo, Carol. Precisamente por eso, quiero decirte una cosa... —habló la bonita muchacha que iba a tardar muy poco en heredar una cuantiosa fortuna.

—Dímela.

—Así que haya cumplido los veintiún años, pondré a tu nombre en él banco quince mil libras. Así podrás hacer planes más holgadamente para tu boda.

—Oh, Rosemary! —Exclamó Carol, ahora con lágrimas de emoción en sus ojos—. ¡Cómo te lo agradezco! Es más, mucho más de lo que podía esperar.

—Tú te lo mereces todo.

Carol se había acercado a la muchacha, dándole un abrazo muy fuerte. Luego sonrió, si bien de forma un tanto bobalicona, y le dijo:

—Voy a telefonear a Daniel. Se pondrá muy contento cuando lo sepa. ¡Quince mil libras, cuánto dinero, Dios mío!

Salió de la estancia toda presurosa y a la vez muy emocionada y fue entonces cuando Olivia Massey clavó su mirada diáfana y clara en su hijastra, haciéndole saber:

—Es mucha la alegría que me has dado, Rosemary, demostrándome que quieres sinceramente a mi hija. Lo que, por otra parte, no me ha asombrado. Te conozco y sé que no sólo que la quieres bien, sino que eres muy buena. Sin embargo...

—Dime —Rosemary se había dado cuenta de que un temor agitaba a su madrastra.

—Se trata de que apenas conocemos a Daniel Haddon. Sólo sabemos que trabajaba en el circo, que era trapecista. Es saber poco, ¿no crees?

—Parece un buen chico, y Carol está muy enamorada de él.

—Sí, y en el fondo me complace mucho que así sea. No obstante, a veces pienso que quizá se ha acercado a Carol guiado por el interés, creyéndola la heredera de esta gran mansión.

—Carol le dijo desde el primer día que la heredera soy yo. No, no le ha engañado en ese sentido. Y Daniel Haddon, a pesar de eso, ha continuado las relaciones.

—Sí, es cierto.

—Por eso, porque creo que ha demostrado y demuestra sincero interés por ella, me ha parecido oportuno hablar de esas quince mil libras.

—Muy generosa te has mostrado, Rosemary. Esperemos —vaciló un poco la voz de Olivia Massey —que él sea merecedor de ello.

—Claro que sí —sonrió la muchacha.

* * *

Pocas horas después, Stanley Pammell llegaba con su coche a la localidad de Mewisson, un lugar en el que amainó la velocidad que llevaba.

Quería hacerse cargo de qué lugar era aquel. Siempre había creído que el ambiente contribuye a la forma de ser de las personas. Observar bien cuanto le iba a rodear en adelante, podía, pues, ayudarle a llegar al fondo de la cuestión.

Mewisson, en sí, no estaba nada mal. Una localidad sin grandes pretensiones, que tenía, no obstante, un encanto especial.

Especial, lo que no quiere decir que tuviera un encanto acogedor. Lejos de esto, pues había algo por doquier que inducía a alejarse de allí. Una extraña mezcla, desde luego, que a menudo desconcertaba.

Stanley Pammell se percató de ello en seguida,, pero siguió adelante sin detenerse. Hasta que llegó a la enorme e impresionante mansión.

Achicaba a las demás pequeñas casas con sus sorprendentes dimensiones y la regia opulencia de sus líneas. Constaba de planta baja y dos pisos. En el primero, una ancha terraza circundaba la fachada. Se hallaba rodeada de un amplio jardín y de una alta verja. La puerta de ésta, estaba abierta de par en par.

Parecía, de antemano, un gesto abierto y cordial de sus moradores. Pero Stanley Pammell pensó que no debía fiarse de las apariencias.

Instantes después, llamaba al dorado aldabón de la puerta de entrada, a la que se llegaba tras subir tres peldaños de mármol blanco.

Le abrió un mayordomo. El vestíbulo era de proporciones muy considerables y de su techo pendía una inmensa lámpara de bronce, con ocho brazos.

Poco después, era recibido por Olivia Massey. Una mujer de unos cuarenta y nueve años, a la que encontró sencillamente amable y cordial.

—Siéntese, por favor.

—Muy amable, señora.

Al poco bajaba Rosemary Adams por la alfombrada escalera, la cual formaba una pronunciada y elegante curva. Se dirigió directamente hacia el salón, donde acababa de ser introducido el joven detective.

—O sea —le oyó decir a Olivia Massey—, que va usted a pintar a Rosemary...

—Sí —dijo Stanley—. Y francamente, me siento halagado con tal perspectiva. Muy mal pintor tendría que ser para no lucirme con tan adorable modelo.

—Gracias —sonrió Rosemary desde el dintel de la puerta. Y añadió—: Pero tendrá que estar en esta casa un poco más de lo que hablamos. Tendrá que pintar también a Carol...

—Es mi hija —aclaró Olivia Massey.

—Será un placer conocerla y pintarla —contestó Stanley.

En aquel preciso instante se oyó de nuevo el aldabón de la puerta. Era Daniel Haddon, a quien Carol le había rogado, que fuera a buscarla. Así, mientras tanto, le había dicho, tendría ocasión de dar las gracias a Rosemary por su generoso ofrecimiento.

—Venga, Stanley, le enseñaré su dormitorio —dijo Rosemary, antes de que el mayordomo abriera la puerta de entrada.

—De acuerdo —el detective se levantó de su asiento—. Con su permiso, señora —se había dirigido a Olivia Massey,

Ya subían ellos la escalera, cuando Daniel Haddon entraba en la casa. Se trataba de un joven de unos treinta años, ancho de hombros, musculoso, que daba la sensación de andar algo cohibido bajo el techo de aquella casa.

—Hola, Daniel —le saludó Rosemary desde la escalera. Y añadió—: En seguida bajo. Pasa, pasa...

Acto continuo le enseñó a Stanley Pammell la habitación que le había destinado. Era amplia, orientada hacia el norte. Estaba al término del pasillo, en el primer piso.

—Esa tercera puerta, a la derecha, es mi dormitorio —le informó la muchacha.

—Conforme.

Stanley Pammell había traído en su coche dos grandes maletas, dentro de una de las cuales llevaba el caballete, los lienzos, las pinturas, los pinceles y demás. Había que ambientar bien la situación.

—Lleve esta maleta al piso de arriba —le dijo Rosemary al criado, que acababa de aparecer con el equipaje del nuevo invitado—. A la habitación vacía.

Luego le explicó a Stanley que allí sería un buen sitio para que la pintara. Los ventanales eran muy grandes y la luz inundaba la estancia durante casi todo el día.

—Muy bien, muy bien... —dijo el detective. Y sin transición, por lo visto no queriendo perder tiempo—: Pero ¿por qué no me presenta a Daniel Haddon...?

* * *

Se lo presentó poco después.

—Va usted a pintar a Rosemary y también a Carol, mi novia... Sí, ya lo sé...

Era un joven un poco torpe a la hora de expresarse. Sin embargo, resultaba evidente su empeño para que su torpeza no fuera reparada.

—Sí —dijo el detective—, voy a pintarlas a las dos,

—¿Tomamos unos whiskys? —terció Olivia Massey.

—No es mala idea —dijo Carol.

—Gracias —repuso Daniel Haddon, esforzándose por mostrarse desenvuelto y natural.

—Solo, por favor —pidió Stanley Pammell.

—En seguida se lo sirvo —sonrió Rosemary dirigiéndose al mueble-bar, que se hallaba situado en un extremo de la estancia.

No mucho después, mientras tornaban los whiskys y llevaban a cabo una conversación bastante amena, aunque trivial, se presentó ante ellos el administrador. Por lo visto había oído voces desde su despacho y no quería dejar de participar en aquella reunión..

—¿Estorbo...? —preguntó desde la puerta.

—Usted no estorba nunca, ya lo sabe —dijo Olivia Massey con acentuada amabilidad.

El detective reparó con detenimiento en el recién llegado. Era un hombre de mediana edad, de mirada inteligente, tal y como se lo imaginaba. Sin duda porque la descripción de la muchacha le había llevado a suponerle tal y como en verdad era.

Pero Stanley Pammell opinó, por su parte, que no sólo debía ser inteligente, sino que además debía ser astuto y sagaz. Al menos, lo profundo y agudo de su mirada hacían suponerlo así.

También pensó, por un instante al menos, que quizá aquel hombre al que Rosemary Adams había rechazado, terminara conformándose con depositar su atención sentimental en Olivia Massey. En realidad, debido a sus años, hacía mejor pareja con ella que con la muchacha.

Pero sus pensamientos no eran más que simples ideas, meras suposiciones, que por otro lado carecían de momento al menos de toda consistencia. Así, pues, lo mejor era que dejara de pensar en eso y se limitara a observarle mejor.

Era Herbert Wilson, no obstante, quien observaba casi constantemente a Rosemary. Quizá como si, en el fondo, su anterior negativa no hubiera terminado de desanimarle del todo.

Sin embargo, llegó una nueva visita y Stanley Pammell se vio casi obligado a dedicar al recién llegado la atención que hasta entonces dedicara al administrador de la casa.

El nuevo personaje era Mark Hopkins, el joven autor de novelas de terror que había alquilado un pequeño chalet en las afueras de la localidad.

No cabía duda, acababan de reunirse allí todos los sospechosos. Bueno,

esto al menos a juicio de Stanley Pammell. Porque el detective estaba convencido, sí, total y plenamente, de que entre ellos se hallaba el culpable...

Y decir «culpable» equivalía a decir «asesino». Evidentemente era así, ya que en los sueños, en las pesadillas de Rosemary Adams, había siempre un muerto.

Un muerto al que no era precisamente Rosemary quien quitaba la vida. Y si no era ella, forzosamente tenía que ser otra persona.

Por descontado que sí.

Alguien tenía que ser quien daba aquellas cuchilladas. Veinte. Exactamente veinte. Ni una más ni una menos.

«Ya te descubriré», pensó Stanley Pammell para sí.

CAPITULO V

Todos debían dormir.

Era ya más de medianoche.

Rosemary Adams se dispuso a salir de su dormitorio sin que nadie se diera cuenta de que lo hacía.

Había decidido acabar con la vida de Taylor, el viejo que vivía cerca del río en una destartalada cabaña. Ese viejo al que todos conocían en Mewisson, pues a menudo rondaba por sus calles pidiendo una limosna.

A Rosemary Adams, el cuerpo, el alma, le pedían sangre... ¡Sangre! A gritos, a la desesperada... Sabía, pues, que sólo cuando satisficiera su anhelo, conseguiría calmarse, tranquilizarse. Sólo entonces volvería a sentirse, al menos por una breve temporada, una chica normal.

A Stanley Pammell le tenía engañado. Por nada del mundo sospecharía de ella. ¿No fue ella, acaso, quien fingiéndose angustiada visitó al psiquiatra, doctor Reevens, amigo de la familia, y éste quien, para protegerla, le puso en manos del detective? Sí, ella estaba y estaría al margen de toda posible sospecha. Para el detective, ella era la víctima, no la culpable.

Por lo tanto, podía actuar con tranquilidad. Lo que no le privaba, claro está, de tener que tomar ciertas precauciones. La primera era, por descontado, salir de la casa sin hacer ruido, sin que nadie la oyera.

Lo demás sería ya sencillo.

Muy sencillo.

Estaba acostumbrada a hacerlo...

Se deleitó pensando en la sangre que fluiría del cuerpo del viejo Taylor, un hombre delgado, seco... Pero por seco y delgado que fuera, tendría sangre y ésta fluiría de las cuchilladas que ella le daría... Veinte... Veinte... Los años que ella tenía...

Había salido con sigilo de la mansión, y ahora había ya abandonado el jardín. Pero había salido por la parte de atrás, por una pequeña puerta que daba a un corto y discreto callejón.

Se encaminó hacia el río. No hacía frío, pero había mucha niebla y sentía la humedad traspasándole la epidermis, cruzándole el grosor de la carne y metiéndosele en los mismísimos huesos.

Pero Rosemary Adams no daba importancia a este pormenor y seguía adelante.

Sí, ya veía la cabaña del viejo Taylor.

Estaba a menos de veinte metros de allí.

Ya oía, incluso, el rumor del río.

Miró a su alrededor antes de seguir avanzando. Quería asegurarse de que nadie iba a sorprenderla.

No, no había nadie.

La soledad era absoluta en aquel lugar y por aquellos alrededores.

Al llegar junto a la cabaña, vio que la puerta estaba unos centímetros entreabierta. Aunque tal vez se tratara, simplemente, de que la puerta no ajustaba.

Se acercó y escuchó, con el oído pegado a la puerta.

Esperaba oír roncar al viejo Taylor.

Pero no, le oyó hablar. Decía con su voz cascada, pero inundaba de un profundo e infinito cariño.

—Duérmete, cielo mío... Duérmete...

Rosemary comprendió en seguida de qué se trataba. El viejo Taylor tenía una hija, casada, casi tan pobre como él, que vivía en la localidad vecina. A veces, durante unos días, solía dejarle a su nieto, un niño de unos trece años, rubio como un querubín, que era la felicidad de todos ellos.

Al ver que el viejo Taylor no estaba solo, como se había supuesto, Rosemary pudo desistir de su idea. Sí, pudo hacerlo.

Pero la idea de matar, el deseo de exterminar una vida, la tenía ya tan metida, tan dentro de sí, que no pudo desasirse de las fuerzas que le llevaban, que arrastraban hacia aquel nuevo crimen.

Decidida a llevarlo a cabo, sujetó con fuerza el mango del afilado cuchillo. Un cuchillo cuyo cortante filo relució siniestramente entre la niebla.

Ya no vaciló más.

Abrió la puerta y se plantó ante el viejo Taylor.

Debió ver enloquecida y alucinante su expresión, pues el anciano se quedó con la boca abierta, viéndose incapaz de articular una sola palabra.

Eso de momento. Luego dio la sensación de reaccionar. Por lo menos murmuró:

—Señorita Adams...

En realidad, no le dio tiempo a decir nada más. Se había abalanzado sobre el pobre viejo, clavándole el cuchillo en el pecho, buscando su corazón.

No debió encontrarlo, al menos con la precisión deseada, pues el viejo se limitó a tambalearse. Siguió en pie.

Sin embargo, ya salía sangre de su herida, y a borbotones, por cierto, y eso enardeció a Rosemary. La sangre, en lugar de amedentrarla, la llenaba de furiosa y frenética vehemencia, redoblando sus ímpetus.

Volvió a clavarle el cuchillo. Y luego otra vez, y otra... El viejo apenas opuso resistencia. En primer lugar, porque a su edad hubiera resultado absurdo que pretendiera defenderse, y en segundo lugar porque el asombro le tenía como maniatado.

Cayó al suelo, ya muerto. Pero Rosemary Adams, con los ojos desorbitados, siguió dándole cuchilladas... En esto estribaba su mayor placer, en llegar a veinte... A veinte, los años que ella tenía...

Sin embargo, en esta ocasión, existía el niño. Un niño muy pequeño que no obstante, de quedarse con vida, podía significar un grave riesgo para ella.

De seguir dormido, ella hubiera podido irse de allí dejándole con vida. ¿Por qué no? En sus planes nunca hubo la pretensión de exterminar a una

criatura de tan corta edad.

Pero el niño, ahora, no dormía. Se había despertado, y al ver lo que sucedía a su abuelo, aunque sin comprenderlo, se había echado a llorar desconsoladamente.

Rosemary pensó que había que cortarle el llanto.

Pensó que debía acabar con su vida.

Lo pensó, y lo que es peor, lo hizo.

Para algo seguía teniendo el cuchillo en la mano. Un arma que cada día maniobraba con mayor destreza.

Se arrodilló junto al colchón sobre el que reposaba el pequeño y le asestó una cuchillada. En esta ocasión, bastó y sobró para sus propósitos.

El cuerpo del pequeño, sin necesidad de más, quedó completamente inmóvil.

Pero Rosemary no se vio capaz de contenerse. ¿No daba siempre veinte cuchilladas a sus víctimas...? ¿Por qué con ese niño había de ser diferente...?

Alzó el cuchillo en el aire y lo bajó, de forma violenta. De forma tan violenta y furibunda, que el nuevo golpe resultó realmente brutal. La prueba de ello, que el cuchillo, luego de atravesar totalmente el cuerpo del pequeño, se incrustó siniestramente en el colchón. A pesar de eso, aún faltaban muchas más cuchilladas por dar. Hasta llegar a veinte.

Se las dio.

Implacablemente.

Inexorablemente.

Cuando se levantó, dejando al niño fuera del colchón, pues de tantas cuchilladas lo había sacado de sitio, la sangre del pequeño y la de su abuelo se habían ya juntado en el suelo.

Como queriendo darse, en última instancia, un póstumo abrazo.

Al poco, Rosemary Adams abandonaba la cabaña. No había soltado el cuchillo. Lo hoja goteaba sangre.

* * *

Se despertó sudorosa, jadeante.

Sólo había sido un sueño más.

Pero éste, indudablemente, más horrible y espantoso que ninguno. No sólo porque en éste había dos muertos en lugar de uno, sino porque en esta pesadilla ella actuaba a escondidas del propio Stanley Pammell, que era el hombre de quien ella en realidad esperaba ayuda y protección. Esa protección y esa ayuda que tanta falta le estaban haciendo.

Cada vez se convencía más de lo indefensa que se encontraba. ¡Cómo no sentir esa sensación, después de este último sueño, intrincado y sinuoso como un espeluznante laberinto!

Del sueño se desprendía que ella engañaba a todos que se hacía la víctima con el solo propósito de poder obrar más libremente. Se desprendía que, a

ratos, sin duda por haber heredado la demencia de su padre, se sentía sedienta de sangre y que sólo matando se calmaba. Se desprendía, asimismo, que sólo había buscado en el psiquiatra algo así a un bonito decorado.

Todo esto, evidentemente, demasiado confuso. Se le erizaban los pelos a poco que razonara sobre ello.

De pronto, Rosemary ahogó un grito. Había notado algo en su mano y acababa de dirigir hacia allí su mirada.

¡Y vio el cuchillo, manchado de sangre...!

CAPÍTULO VI

Stanley Pammell la estaba pintando. Poco a poco iba surgiendo en el lienzo el encantador rostro de la muchacha.

Pero si ella permanecía quieta y fingía indiferencia, era tan solo porque había testigos. La verdad es que estaba que botaba.

Olivia Massey había querido ir a echar una ojeada al lienzo. También Carol, que estaba deseando que el joven pintor acabara con Rosemary y empezara con ella.

—Si no estorbamos...—había dicho Olivia Massey, con tono sumamente respetuoso, al poco de presentarse allí.

—No faltaría más, pasen ustedes —había respondido Stanley con el pincel en la mano. Y tras acercarse al caballete y dar de nuevo un par de pinceladas —: A la mayoría de los artistas les molesta los testigos, pero a mí no...

Así, pues, Olivia Massey y Carol se quedaron un rato. Por eso Rosemary se limitaba a estar quieta y a hacer ver que no sucedía nada anormal.

Pero así que madre e hija se marcharon de allí, tras decir que el rostro de Rosemary estaba quedando muy bien, la muchacha, ya no pudiendo más, se echó a llorar desgarradoramente.

Stanley no podía saber lo que le pasaba, pero fue hacia ella con gesto protector y entonces la muchacha, de un modo a la vez instintivo y desesperado, se echó en sus brazos.

—Si usted no me ayuda estoy perdida —gimió.

—Claro que voy a ayudarla—dijo Stanley Pammell—. ¿Acaso no estoy aquí para eso? También para pintarla, claro... —intentó bromear un poco.

Pero vio que la situación no era para bromear, pues indudablemente acababa de suceder algo muy grave, y estrechó a la muchacha entre sus brazos. La estrechó fuerte y cálidamente, ambas cosas a la vez. Lo primero era calmarla, tranquilizarla. Después llegarían las explicaciones.

Llegaron.

Entre balbuceos y llanto, Rosemary le dijo lo que había soñado. No, no dejó de referirle nada. No, no omitió el menor detalle. También le dijo, claro está, que había despertado con el cuchillo ensangrentado en la mano.

—Todo esto es cada vez más confuso, o por lo menos cada vez más intrincado... —murmuró el detective—. Sobre todo, porque en este último sueño, no sólo ha matado, sino que ha actuado a mis espaldas.

—Sí, sí...—asintió la muchacha—. Es como para volverse loca, ¿no le parece? Pues no, yo no estoy loca.., A veces, pensando en mi padre, me asalta el temor a estarlo... Bueno, me asalta ese temor cuando he sufrido una de esas pesadillas... Sólo entonces...

—Quedamos —sentenció Stanley, interrumpiéndola —en que íbamos a buscar al culpable...—Luego dijo—: Usted está perfectamente, Rosemary; y debe descartar por completo toda idea que la separe de esa convicción...

—Sí, sí... —pero había vacilado dolorosamente su voz.

—Pues no vuelva a hablarme en tal sentido— y volviendo a abrazar a la muchacha—: Es una orden que le doy. Una orden terminante.

—De acuerdo —y ella a su vez, queriendo no dramatizar, esbozó una sonrisa, diciendo—: Bueno, será mejor que me suelte. Si viniera alguien y nos encontrara así, abrazados,..

—Bien, la suelto, aunque conste que lo hago a pesar mío. La excusa era excelente para tenerla entre mis brazos. De todos modos —agregó—, no creo que esté de más que vayamos cuanto antes a comprobar si su sueño se ciñe o no a lo que realmente ha sucedido.

—¿Quiere decir...?

—Que vamos a dar juntos un paseo en coche. Un paseo —puntualizó — que aprovecharemos para llegar hasta la cabaña del viejo Taylor.

—¡Oh, no, no!—se asustó la muchacha.

—¿Por qué no? Es el modo más sencillo de saber si su sueño y la realidad de los hechos se anudan entre sí una vez más...

—No me atrevo a acompañarle. Vaya usted solo. Yo le esperaré aquí.

—Si lo prefiere así, a su gusto —la vio tan nerviosa, tan agitada, qué prefirió no forzarla.

Por lo demás, quizá fuera preferible que aquella inspección la llevara a cabo él solo.

—Gracias por su comprensión.

—Estoy aquí, Rosemary, para facilitarle las cosas, no para complicárselas.

—Así que regrese, me contará lo que haya visto, ¿verdad?

—Se lo contaré, en la primera ocasión que tenga de hacerlo sin testigos. Pero mientras se quede aquí sola —le advirtió—, debe desenvolverse usted como sí no pasara nada. Como si no hubiera dado la menor importancia a su sueño. Que nadie la vea agitada,

—Procuraré seguir sus consejos al pie de la letra.

—Esfuércese en ello. Es importante que si el asesino está a su lado, no se regocije viendo que se tambalea... Que la vea firme, segura de sí misma... ¿Me entiende?

—Sí.

—Pues adelante con su misión, mientras yo voy al encuentro de la mía.

—Tenga cuidado —suplicó ella.

—No se preocupe por mí. Estoy acostumbrado al peligro.

* * *

Antes de llegar a la cabaña del viejo Taylor supo ya que la realidad se ajustaba en toda su crudeza al argumento de la última pesadilla vivida, en sueños, por Rosemary Adams.

Dos coches de policía rodeaban la humilde y mísera cabaña. También estaba allí detenida una ambulancia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Stanley Pammell, a través de la ventanilla de su coche.

Se había detenido junto a uno de los policías. Este respondió:

—Un asesinato. Un doble asesinato... Un anciano y un niño han sido las víctimas. Debe tratarse de un perturbado mental, pues cada cadáver está convertido, a base de cuchilladas, en un verdadero colador...

Stanley Pammell hizo un simple comentario, desde luego exponiendo su protesta ante la barbarie cometida, y luego se apeó del coche. Y seguidamente, haciéndose el curioso, simplemente el curioso, empezó a merodear por aquel lugar.

No dejaban acercarse a la cabaña del viejo Taylor, como es natural, pero nadie impedía que se estuviera por allí cerca.

El detective tardó poco en depositar su atención en otra cabaña, aún más vieja y destartalada que la que había sido escenario de aquel doble crimen. Se hallaba también junto al río, sólo que ésta medio escondida entre los altos cañaverales que había por aquella zona.

Se dirigió hacia allí, convencido de que si daba un vistazo no perdería nada. La relativa proximidad de ambas viviendas era un dato a considerar.

Dio la vuelta, pues, a dicha cabaña, viendo que la puerta estaba abierta y que su interior, al parecer, se hallaba vacío. También los ventanucos dejaban entrar la luz del día ya que sus postigos no habían sido cerrados. Desde luego tenía todas las trazas de ser un lugar abandonado.

Sin embargo, de pronto se dio cuenta de que uno de los ventanucos, que acababa de ser abierto, estaba ahora cerrado.

Podía haberse confundido, podía haberlo visto mal, pero no, él no tenía por costumbre equivocarse.

Siendo así, alguien acababa de cerrarlo.

Quedó unos instantes quieto, a la expectativa, viendo pocos instantes después cómo el otro ventanuco también se cerraba.

Ya no había dudas. Alguien había allí dentro.

No se lo pensó dos veces. A él le bastaba con pensarse las cosas una vez.

Fue hacia allí.

Entró en la cabaña.

Apenas dentro, alguien cerró de golpe, violentamente, la puerta por la que él había entrado, y como sea que los ventanucos habían sido ya encajados en su totalidad, quedó en una oscuridad completa.

—¿Quién es usted? —preguntó Stanley Pammell sin demostrar la menor inquietud.

No le gustaba aquella oscuridad. Era un grave inconveniente. Pero también lo sería para su enemigo. Estaban, por tanto, en idénticas condiciones.

—Tengo que quitarle de en medio...—contestó una voz de hombre, si bien una voz de muy raras inflexiones.

Tanto es así, que por unos instantes Stanley Pammell se sintió desconcertado. ¿Sería, efectivamente, la voz de un hombre...?

Lo mejor era abrir de nuevo la puerta y dejar que la luz delatara al desconocido.

Se propuso hacerlo.

Aunque estaba en medio de la más total y completa oscuridad, sabía que la puerta se hallaba a sus espaldas.

Tanteó hacia atrás, pero su enemigo, deduciendo sin duda lo que iba a hacer, le propinó un fuerte empujón. Así le alejó de la puerta.

—¿Qué se propone? —inquirió Stanley para inducirle a responder para, de este modo, saber más o menos en qué lugar de la cabaña se encontraba su enemigo.

—Se lo he dicho ya, tengo que quitarle de en medio —respondió con el mismo tono extraño de voz.

—¿Y eso por qué...? ¿Acaso le estorbo...?

—¡Sí! —exclamó.

—No puedo imaginar por qué...—y él seguía manteniendo una calma absoluta.

—Se está metiendo en asuntos que no le van ni le vienen…

—Estoy pintando un cuadro a la señorita Adams, esto es todo lo que estoy haciendo.

—El papel de tonto no le va...

—Eso me han dicho muchas veces. Desde luego, no me va.

Y ya harto de palabras, pues a las palabras él siempre había preferido la acción, se lanzó hacia donde sabía que tenía a su contrincante.

Un contrincante que, por haberse habituado sus pupilas a la oscuridad, había dejado de ser para él un ser invisible, convirtiéndose ya en una sombra. Si bien en una sombra de apenas contornos definidos.

Y así las cosas, pegó un puñetazo hacia donde supuso que estaría su mandíbula. Pero sólo dio en el blanco a medias. Por lo que su enemigo simplemente se tambaleó.

Luego, su enemigo se lanzó al ataque.

Aunque, evidentemente, su enemigo no se disponía sólo a devolverle los golpes. Quería clavarle el cuchillo que llevaba en la mano. Por unos instantes, Stanley vio refulgir su hoja, y se hizo cargo del peligro que entrañaba el no sacar a relucir su pistola.

Pero siempre le habían tentado las empresas arduas, arriesgadas, así que no se llevó la mano hacia su automática. Optó por dejarla en su funda. Optó por prescindir de su ayuda. Pero, claro, debía tener mucho cuidado. No en vano su enemigo contaba con un arma que podía resultar mortal.

Sin embargo, en cierto momento, la sombra que había ante sí se recortó un poco mejor entre la oscuridad y entonces él, Stanley Pammell, rápido, fulminante, no desaprovechó la ocasión. Le mandó un directo de esos que no dejan oportunidad a nada.

Y sí, esta vez le dio de pleno.

De pleno en medio del mentón.

El cuerpo de su enemigo cayó al suelo, inapelablemente. Allí se quedó quieto.

Entonces, Stanley se dirigió hacia la puerta, buscándola y tanteándola más que dando con ella. Finalmente la encontró. Entonces la abrió.

Su intención era, una vez abierta, girarse y ver, ante todo, quién era la persona que había dejado sin sentido en el interior de la cabaña.

Pero no, no se giró.

Cuando iba a hacerlo, se dio cuenta de que uno de los policías estaba a un par de metros de allí, entre los cañaverales. Oyó que le preguntaba;

—¿Pasa algo...?

Por lo visto, a juzgar por su aspecto lo estaba deduciendo así,

Stanley Pammell le hubiera dicho que sí, que sucedía algo. Le hubiera dicho que allí dentro había una persona, que él estaba convencido de que era el asesino del viejo Taylor y de su nieto.

Pero carecía de pruebas y cuanto dijera no iba a servir, lo sabía, más que para complicar las cosas.

Si hablaba en tal sentido, el policía arrestaría a aquella persona con la que él había peleado, eso sí, pero también le llevaría a él a la comisaría. Y entre preguntas, interrogatorios y demás, ¡vete a saber lo que tardarían en soltarle!

Eso no le hubiera importado, de saber, de fijo, que esa persona era el verdadero culpable. Pero ¿y si se equivocaba y no lo era?

En tal caso, mientras él permanecía en la comisaría, Rosemary se quedaría sola, sin ayuda, a disposición del auténtico asesino.

Era éste un riesgo que no podía, que no debía correr. Así que, sonrió con tranquilidad y dijo:

—No pasa nada, agente.

—Pues aléjese de esta zona, es mejor...

—De acuerdo.

Se alejó, sin mirar hacia el interior de la cabaña, pretiriendo que todo quedara como antes a que su jugada pudiera dejar en grave peligro a Rosemary Adams.

CAPITULO VII

.Así que Stanley Pammell llegó a la mansión, lo primero que hizo fue averiguar quién estaba allí y quién no. Si el asesino era la persona que había dejado tumbada en el suelo en el interior de la cabaña, no podría ahora estar en la casa. Quien sea que estuviera, no sería, pues, el asesino. Y saber eso, seria ya saber algo,

Pero cuando llegó, allí en la casa no había nadie. Sólo estaba Rosemary. Los demás, por uno u otro motivo, se hallaban ausentes.

—Bueno —se encogió de hombros—, habré de tener un poco más de paciencia.

—¿Ha averiguado algo? —le preguntó Rosemary.

—Desgraciadamente no —contestó el detective—. He estado a un paso, eso sí...

—¿Qué quiere decir? —quiso saber.

Se lo explicaré en otro momento. Ahora...—había visto que acababa de llegar Herbert Wilson, el administrador —prefiero ir en busca de ciertos detalles.

—Lo que usted considere más oportuno —acató la muchacha, sin insistir.

El detective se dirigió hacia el despacho, en cuya estancia, breves segundos después, entraba Herbert Wilson con expresión, al parecer, preocupada.

—Supongo que no le importará que conversemos un poco —empezó a decir Stanley Pammell, y le observó el rostro, queriendo ver si descubría la huella de algún golpe. No, no vio nada.

—¿Por qué había de importarme...?

—La verdad es que me siento un poco desconcertado en esta casa —repuso el detective, tras un breve e intencionado carraspeo.

—¿Desconcertado? —dio la impresión de que le había sorprendido esta palabra.

—Sí —repuso Stanley—. No sé, pero todos y cada uno de ustedes me parecen un poco... un poco..., no sé cómo decirlo... —volvió a carraspear.

—Dígamelo de alguna manera si quiere que le entienda, o si quiere al menos que me esfuerce por entenderle.

—En esta casa hay un ambiente extraño, aunque encubierto. Puede que esa sensación mía sea equivocada, lo admito de antemano, claro... No obstante, aseguraría que algo no marcha bien...

—Yo no comparto esa sensación a la que usted alude —contestó el administrador—, y eso que vivo aquí...

—Desde hace ya muchos años, según me han dicho.

—Sí, desde que vivía el abuelo de la señorita Rosemary.

—Una muchacha preciosa.

—Sí, desde luego.

—¿No tiene novio...? —le preguntó.

—No, que yo sepa —la respuesta había hecho aún más preocupada su expresión. Luego añadió—: Y es una lástima que no lo tenga. Le haría bien casarse y marcharse de aquí.

—¿Sí? —y quedó a la espera de lo que el administrador pudiera añadir.

—Bueno, si he de serle sincero le diré que en el fondo opino lo mismo que usted, que en esta casa hay un ambiente extraño, aunque encubierto... Ya que ha sido usted el primero en hacer referencia a ello, ¿a qué esforzarme tontamente por fingir?

—Por favor —repuso Stanley Pammell—, dígame exactamente a qué se refiere... Bien mirado, si he venido aquí a hablar con usted, ha sido porque me ha parecido la persona idónea para esclarecerme esta situación...

Dejó pendientes los puntos suspensivos.

—Verá —empezó a decir Herbert Wilson—, desde hace un tiempo a esta parte algo parece haber cambiado en esta casa. Y ese algo que ha cambiado, que no termino de captar que es, me asusta. Sí, me asusta mucho, lo confieso.

—Debe tener una idea, aunque sólo sea vaga, imprecisa, de lo que pasa, ¿no?

—No, no... —Aseguró—, y esto es quizá lo que más me preocupa. Por otra parte, eso hace que aumente día a día mi preocupación. Una preocupación que estoy seguro que se me lee en la cara. En realidad —agregó—, veo muy cambiada a la señorita Rosemary... Tan cambiada que a veces no me parece la misma... Se esfuerza por hacer creer, a quienes le rodean, que todo va bien en su vida, pero no es así... En sus ojos leo angustia, desazón...

—¿De veras?

—Sí. Y lo malo es que ya es un poco tarde para que se sincere conmigo.

—¿Usted cree...?

—Sí, porque cometí la torpeza de declararle mis sentimientos, y desde entonces ella ya no me trata con la confianza de antes. Yo estoy sinceramente enamorado de la muchacha, así que me declaré a ella... Pero no debí hacerlo, debí comprender que podría ser su padre. Un error que ahora me priva de la confianza que hasta hace poco me tuvo y, en consecuencia, me priva asimismo de poder ayudarla... Sí, porque estoy seguro de que podría ayudarla si ella se sincerara conmigo y me explicara lo que verdaderamente le sucede.

—Entonces, ¿le sucede algo?

—Estoy convencido de que sí. Pero, claro, no lo sé a ciencia cierta. Como tampoco sé por qué le estoy explicando todo esto a usted. Usted es sólo un desconocido... Finalmente se irá de aquí... Posiblemente no volveré a verle nunca más... No, verdaderamente no sé por qué le estoy explicando todo esto.

—Quizá —dijo Stanley Pammell—, porque algo le hace comprender que estoy de su parte.

—¿De mi parte?

—Sí, eso he dicho. Porque usted desea ante todo que no le suceda nada malo a Rosemary, ¿no es eso? Siendo así, nos unen idénticas aspiraciones.

—Francamente —reconoció el administrador—, no puedo soportar la idea de que la señorita Rosemary pueda verse envuelta en algún lío gordo...

—Para prevenirla, es decir, para que usted y yo, al unísono, podamos ayudarla a que no se vea envuelta en ningún lío gordo, ¿por qué no me dice lo que realmente piensa de las personas que conviven a su lado?

—Por mí, no hay el menor inconveniente en ello —aceptó la proposición sin hacerse de rogar—. Pero ¿cree usted, ciertamente, que eso puede facilitarle...?

—¡Oh, sí!, estoy convencido de que sus palabras pueden aclararme mucho la situación. Yo soy nuevo aquí, así que, como es lógico, estoy un poco desplazado...

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué clase de mujer es Olivia Massey?— preguntó Stanley con presteza —. Rosemary tiene una inmejorable opinión de ella, me consta, pero...

—Olivia Massey es una mujer de muy buenos sentimientos, no lo ponga usted en duda —respondió—. De no serlo, hubiera tenido sobrados motivos para odiar a la señorita Rosemary con todas sus fuerzas.

—¿Por qué dice eso? —quiso saber.

—Porque la señorita Rosemary lo tiene todo y su hija no tiene nada. Y no me refiero sólo al dinero, sino a la belleza, al encanto... Sin embargo, nunca ha odiado a la señorita Rosemary, por el contrario la ha querido y la quiere como si de su propia hija se tratara.

—Resulta conmovedor—dijo Stanley Pammell.

—Sí, desde luego.

—Y respecto a Carol, ¿qué opina usted, señor Wilson?

—Es como una niña de doce años, su cerebro no alcanza más... Es infantil en todas sus cosas, ¿me comprende? Todo se debe a que sufrió un accidente. Cayó por la escalera y...

—Sí, ya lo sé.

—Pero es una buena chica, muy cariñosa y agradecida. A pesar de lo infantil que resulta, da gusto estar a su lado y conversar con ella, créame.

—¿Qué le parece su novio? —no quería dejar a nadie al margen de la cuestión.

—Me parece, sinceramente, un hombre que se ha acercado a ella porque ha visto, así, un modo como otro de solucionar su porvenir. Pero no, en modo alguno le considero una mala persona. Sólo que a veces la vida aprieta y... —tras una breve pausa, agregó—: Era trapecista, ¿sabe usted?; pero cierto día falló en el doble salto y como no había red se fracturó dos huesos... Desde entonces el número ya no le salía tan bien... Estaba temiendo ser despedido de un momento a otro por el empresario del circo... Pero por aquel entonces el circo vino aquí, a Mewisson, y él conoció a Carol y... En fin, que debió pensar que una boda se lo solucionaría todo... Pero no, lo dicho, no le considero una mala persona, ni mucho menos. Así que usted le trate un poco más, se dará cuenta de lo agradable que resulta.

—¿Y qué me dice de Mark Hopkins, el novelista ese que ha alquilado un pequeño chalet en las afueras de Mewisson? Según tengo entendido, está interesado por Rosemary.

—Sí, creo que está muy enamorado de ella, lo que ciertamente no me extraña... La señorita Rosemary es, como usted bien ha dicho al principio de esta conversación, preciosa...

—¿Y ella? —Preguntó Stanley Pammell—. ¿Le corresponde...?

—Creo que no. Pero Mark Hopkins es un hombre dé esos que no se desaniman fácilmente. Por ello, que duda cabe, frecuenta esta casa con tanta asiduidad.

—A usted le cae mal, ¿verdad? He creído entenderlo así, a juzgar por su manera de pronunciar su nombre...

—Me cae mal, sí —reconoció—. Como me caen mal todos sus admiradores. Sin embargo, a pesar de eso, me alegraría que se enamorase de uno de ellos, que se casase y que se marchase de aquí de una vez. Aquí... —concluyó, con una arruga profundamente marcada en su frente—, está en peligro.

—¿En peligro...?

—Sí... Y al reconocerlo así, vuelvo a lo de antes, a esa sensación que siento... Una sensación extraña, que me hace temer por ella...

—Refiriéndonos ahora a ella —puntualizó Stanley—, ¿qué piensa usted...?

—¿De qué?

—De ella... —dijo el detective—. Usted no ignora que su padre era un desequilibrado mental,

—No, no lo ignoro.

—¿Entonces...?

—A ella la considero completamente normal. Nunca ha tenido, el menor indicio de locura... No, nunca, puedo asegurárselo...

—Mejor así. Sin embargo, si ella está bien y todos los que le rodean son buenas personas, ¿de dónde surge ese peligro que usted capta...?

—No lo sé. Quisiera saberlo, para poder ayudarla, ya se lo he dicho, pero ignoro lo que en verdad sucede ahora bajo este techo.

—Esperemos que sean figuraciones suyas y mías... Y mías, sí, porque lo cierto es que yo comparto en todo lo que usted por su parte experimenta. Bueno, gracias por sincerarse conmigo. Le quedo muy agradecido.

* * *

Se dirigió al salón para hablar con Olivia Massey. Era su estancia favorita, así que sabía que la encontraría allí.

En efecto, allí estaba.

—Acabo de llegar —le dijo la dama—. He ido a dar un paseo, que sin darme cuenta se ha alargado más de lo previsto.

Stanley Pammell se limitó, sin más, a decirle:

—Deseo hablar con usted.

—Dígame —y quedó expectante, mientras afrontaba rectamente la mirada del detective.

Una mirada que, de buenas a primeras, sólo pretendía descubrir si había alguna señal en aquel rostro. En realidad, Stanley Pammell ignoraba por completo con quién se había peleado en el interior de la cabaña, a quién le había dirigido aquel derechazo que le había dejado tumbado, sin sentido. Y si lo ignoraba, ¿por qué, pues, no incluir a todos en sus posibles sospechas?

Pero tampoco ahora, en esta ocasión, vio nada de particular en el rostro que tenía delante. Así que prosiguió con la conversación como si tal cosa, si bien adquiriendo la expresión que consideró más adecuada.

—Estoy un poco inquieto, sí he de decirle la verdad... —empezó a decir.

—No le comprendo, señor Pammell.

—Yo estoy aquí para pintar a Rosemary y luego para pintar a su hija. Mi cometido se limita á esto.

—Sí —asintió Olivia Massey.

—En verdad —puntualizó el joven—., yo creía haber venido a una casa como cualquier otra, aunque evidentemente, a la más regia e impresionante de toda la localidad.

—¿Y acaso —preguntó ella —no es esta casa como las otras? ¿Tal vez se diferencia en algo concreto, especial? No le comprendo...

—Francamente, yo no creo en fantasmas —dijo Stanley Pammell—. Considero que soy ya un poco demasiado mayorcito para creer en estas cosas,

—De acuerdo con usted —dijo Olivia Massey. E inquirió sin apenas pausa —: Y bien, ¿qué más...?

—Es preferible que se lo diga sin andarme con rodeos, ¿no le parece a usted?

—Sí, claro —no terminaba de hacerse cargo de donde podía ir a parar aquella conversación.

—Pues bien, sepa usted, señora, que por las noches oigo ruidos extraños...

No era cierto. Stanley Pammell no había oído ningún ruido que pudiera hacerle recelar de nada en absoluto. Sin embargo, precisamente por eso, porque no había oído nada y sabía que algo muy grave estaba sucediendo, decía ahora esto. Sólo que no podía enfocar la cuestión abiertamente, por lo que se decidía a enfocarla al revés,

—¿Oye ruidos extraños por las noches...? —se sorprendió Olivia Massey.

—Sí —dijo Stanley—. Lo que me ha hecho comprender que por las noches tenemos algún invitado especial... Porque indudablemente es especial el invitado que no aparece cuando se le busca... Me refiero a que, tantas veces como yo he salido de mi dormitorio para dar con la persona que provoca tales ruidos, no he dado con él...

—Me está desconcertando enormemente, señor Pammell.

—Y si no he dado con él, se desprende de ello, creo yo, que desaparece a través de las paredes... Si por otro lado hemos quedado en que no existen

fantasmas, llegamos a una situación que en sí tiene mucho de interrogante,

—De veras, me está desconcertando usted... —al parecer no terminaba de asimilar el contenido de lo que el joven le estaba diciendo.

—Yo, en realidad —dijo Stanley Pammell—, sólo quería preguntarle, contando de antemano con su proverbial amabilidad, señora, si en esta casa existen pasadizos secretos... Esta es una enorme e impresionante mansión, que por sus características pudiera muy bien...

—No puedo responderle a esto, señor Pammell. Yo soy la primera en ignorarlo —y añadió—: Sólo una persona hubiera podido responderle de un modo absolutamente fidedigno, y es el abuelo de Rosemary. Fue él quien mandó construir la casa.

—Entonces, ¿usted ignora ciertamente...?

—Sí, sí. Sólo puedo decirle, que en el despacho estaban los planos de la casa y que tanto Rosemary, mi hija Carol, nuestro administrador e incluso yo, lo hemos estado buscando últimamente... Pero no, los planos no han aparecido.

—Si tanto los buscaban, es que algo esperaban encontrar en ellos, ¿no es eso?

—Sí, francamente —asintió Olivia Massey—. Y en verdad, ¿por qué no reconocerlo?, buscábamos lo mismo a que usted se ha referido... Sí, deseábamos saber si existen o no pasadizos... En ciertas ocasión, el abuelo de Rosemary dijo que los había, pero que prefería no hacer mención de ellos dado que su hijo Peter no estaba cuerdo y podía hacer un uso indebido:.. Bueno, eso afirman que dijo. Yo no puedo asegurarlo, no estaba presente en aquella circunstancia.

—Comprendo.

—Sin embargo, de eso a que usted oiga ruidos extraños y deduzca que alguien utiliza pasadizos...

—¿Qué otra cosa puedo deducir si sigo el camino de los ruidos y éstos desaparecen de pronto, como por obra de magia, en los lugares más insólitos...?

—Francamente, yo... En fin, ya se lo he dicho, los planos no han sido hallados, así que no puedo informarle con exactitud. De todos modos —le miró aún más rectamente que al principio de iniciar el diálogo—, no creo que sea usted un hombre propenso a asustarse por unos simples ruidos... A juzgar por su planta, se diría más bien que es un hombre total y absolutamente predispuesto a ser, si las circunstancias lo mandan, un verdadero héroe.

—Gracias por el cumplido. Pero no, no crea usted —se esforzó por balbucear un poco—, mi planta engaña mucho. A ratos soy un hombre muy cobarde.

Pero a Olivia Massey no le engañó. De ello, sin duda, que sentenciara:

—Eso no se lo cree nadie que tenga ojos en la cara.

CAPITULO VIII

Había acabado el cuadro de Rosemary, que por cierto había quedado muy bien. Ahora estaba pintando a Carol, una modelo con la que no iba a poder lucirse tanto, ni muchísimo menos. Sus escasos encantos físicos le iban a complicar el trabajo. Bueno, de todas maneras intentaría sacarla favorecida y así la muchacha quedaría complacida.

Ahora, no obstante, para quedar complacido él, tenía que hacerla hablar, tenía que sonsacarle cuanto supiera. Si es que sabía algo. De eso no estaba seguro. No podía estarlo.

Stanley Pammell sonrió, y dijo:

—Resulta un poco pesado tener que estarse tan quieta, ¿verdad?

—No, no se preocupe por mí —dijo Carol— ¡Me hace tanta ilusión qué me pinte! Estaré quieta todo lo que haga falta.

—De acuerdo.

—Oiga —dijo al poco—, espero que me saque bien.

—Claro que sí.

—No me refiero a que me saque guapa, sino a que me saque con cara de chica lista.

—¿Acababa de demostrar que no era tan tonta como muchos la creían? Posiblemente se trataba de eso.

Stanley Pammell no respondió nada a esto último, limitándose a seguir dando pinceladas al lienzo. Por lo que, en consecuencia, fue la muchacha la que volvió a hablar.

—Todos me tienen por un poco tonta, por retrasada, ¿sabe? Por eso quisiera que en el cuadro no se viera ese defecto... —y prosiguió, antes de dar opción a que Stanley, que había alzado la mirada hacia ella, pudiera objetar algo—: En realidad, podría ser peor... El caso de Rosemary, por ejemplo, creo sinceramente que es mucho más lamentable.

—¿Qué le sucede a Rosemary?—preguntó, si bien haciendo el ver que su interés era relativo.

—Su padre estaba rematadamente loco.

—¿Sí...? —fingió ignorarlo,

—Y desgraciadamente, ella, como hija suya, está expuesta a heredar su desequilibrio mental. Por el momento todo marcha bien, pero una tara de esa índole, de tal envergadura, es ciertamente una tara muy grave. La pobre, aunque no lo confiese, debe estar viviendo con el alma pendiente de un hilo. Y es una lástima —concluyó—, porque Rosemary es una buena muchacha. Se merece lo mejor.

—Si hasta ahora no ha dado muestras del menor trastorno mental creo yo, mostrarse optimista al respecto.

—Sí, claro... —asintió. Lo que no le impidió añadir, torciendo un poco el gesto—: Bueno, hasta ahora ha estado perfectamente, sin embargo, de un

tiempo a esta parte...

—¿La ve peor?

—Francamente, sí.

—¿Pues qué le pasa...?

—No sé. Pero está distinta, la veo muy nerviosa y agitada. Antes no era así.

—¿Y qué deducciones saca?

—No tengo alcances para sacar deducciones lúcidas. Todos lo dicen, soy como una niña pequeña... A pesar de eso, comprendo que las cosas no marchan como debieran...

—A propósito, ¿qué me dice usted, Carol, de los planos de esta casa? Debieran haber sido hallados en el despacho, pero al parecer no están allí... Por más que han buscado...

Se lo había preguntado de pronto, queriendo hacer de lo inesperado un factor que colaborara a su favor.

—¿Los planos...?—inquirió Carol.

—Pienso —dijo Stanley Pammell —que quizá los encontrara Rosemary y que haya guardado el secreto para sí. Eso tal vez ha alterado algo sus nervios, de ello que ahora se sienta más agitada y se muestre distinta...

No era esto, ni por asomo, lo que el detective creía que pudiera haber sucedido. Sólo que algo tenía que decir para abordar el tema. Un tema que consideraba de vital importancia; la clave, indudablemente, de todo aquel asunto.

—De haber encontrado los planos Rosemary, ¿por qué iba a hacer de ello un secreto, señor Pammell?

—Ha podido tener algún motivo concreto para ello. Como ha podido encontrarlos, ¿por qué no?, otra persona...— aventuró.

—¿Otra persona? —Inquirió Carol—. ¿Por ejemplo...?

—Usted, o su madre, u el administrador...—y dio una nueva pincelada al lienzo.

—No me imagino a administrador, ni a mi madre, ni tampoco a mí misma, claro, haciendo un secreto de una cosa tan sin importancia —dijo la muchacha—. Resultaría un poco absurdo, ¿no le parece?

—Depende — se limitó a contestar.

—La verdad, le veo muy interesado por esos planos... ¿Pasa algo en especial?

—No, no —quitó importancia a lo que hablaban. Luego, pasados unos segundos, separó la mirada del lienzo y miró el original, comentando— Un par de sesiones más y habremos concluido.

—No hay prisa, señor Pammell. ¿Sabe por qué? —Y sonriendo—: Porque usted es alto, fuerte, todo un tipo... Es, verdaderamente, un pintor muy agradable.

—Gracias.

—Que me dé cuenta de ello demuestra que no soy tan tonta ni tan

bobalicona como todos creen, ¿no le parece? Con franqueza, desde el primer día he reparado bien en usted... Aunque Daniel... Daniel Haddon, mi novio, tampoco está nada mal...

—Si usted lo dice, vale.

—¿No opina como yo?

—No se lo tome a mal, pero yo sólo entiendo de mujeres.

—¿Cómo le gustan...? —preguntó—. ¿Morenas, rubias, pelirrojas...?

—No tengo preferencias, se lo aseguro. Mí buen gusto abarca ampliamente todos los colores.

— Debe tener éxito con nosotras, ¿verdad?

—Mentiría si le dijera que no...

Entonces, demostrando una vez más que de tonta tenía mucho menos de lo que aparentaba, Carol preguntó:

—A usted le gusta Rosemary, ¿no es cierto? —Y concluyó—: Pero no se haga ilusiones, créame. Mark Hopkins, el novelista, no va a permitir que nadie se la quite. Antes de eso, lo sé, sería capaz de matarle a usted.

* * *

Le pareció exagerado el modo de expresarse de la muchacha que el novelista fuera un hombre de reacciones fuertes, incluso violentas, no daba derecho a suponerle capaz de llegar a semejantes extremos,

A menos que, guiado por algo más que el amor, a sí mismo se justificara todos los medios.

Había que admitir esa posibilidad, ya que, en verdad, había un asesino suelto por allí cerca. Demasiado cerca para ser exactos.

De todos modos, Stanley Pammell tampoco podía fiarse demasiado de la opinión de Carol, que aunque le había demostrado sobradamente que era más espabilada de lo que parecía, tampoco le había dado motivos para creerla un dechado de suspicacia e inteligencia. Todo había quedado en unas medias tintas que nada terminaban de aclarar.

Procuraría, para poder calibrar mejor la situación, dialogar un poco con Mark Hopkins. Sin duda no había de costarle. A menudo estaba de visita en la mansión.

Y esto es, dialogar con el novelista, lo que se propuso hacer aquella velada, a la que sabía que el interesado no iba a faltar. Como tampoco faltaría Daniel Haddon, el novio de Carol.

Pero mientras Mark Hopkins no llegaba, el detective empezó a hablar con Rosemary. O mejor dicho, fue ella la que empezó a hablar con él.

—Me ha dicho... —y la muchacha había indicado a su madrastra —que usted le estuvo preguntando si podía o no haber pasadizos en esta casa... Que se estuvo interesando mucho por los planos... ¿Qué hay de cierto?

—Todo —admitió.

—¿Y eso...? —preguntó.

—Usted por las noches cierra bien la puerta de su dormitorio. Se lo he preguntado en varias ocasiones y me ha asegurado que sí...

—Sí, claro —asintió ella.

—Y cierra bien, asimismo, el ventanal que da a la terraza.

—Naturalmente.

—Y por las mañanas, cuando se despierta, todo está en orden. Ninguna de las dos entradas ha sido forzada.

—No, ninguna.

—Por lo que se deduce, pues, que hay alguna entrada secreta. No hay por qué darle más vueltas al asunto, es así —y añadió—: Si en una ocasión encontró sus ropas rotas y en la otra apareció con un cuchillo en la mano, alguien tuvo que hacer eso, ¿no?

—Sí, sí...

—Por lo tanto, llegamos inevitablemente a la susodicha conclusión. En realidad, la única conclusión a la que hemos podido llegar hasta ahora. No le extrañe, por tanto, Rosemary, que intente ahondar en ella todo lo posible.

—Pero mi madrastra poco habrá podido aclararle. Ni ella ni nadie. Los planos, si bien al parecer existen, no han aparecido...

—A mí me da —dijo Stanley —que si han aparecido, alguien ha debido encontrarlos. Sólo que, en lugar de decirlo, se lo ha callado y se ha guardado el secreto para sí. Un modo sencillísimo para que le resulte más fácil llevar a cabo su plan.

—¿Su plan? —no terminaba de atar cabos.

—Alguien pretende, Rosemary, arrastrarla a un desequilibrio mental, a la locura. A esa locura a la que todos creen que usted es propensa.

—Me cuesta creer que alguien pueda pretender semejante cosa. Pero si usted lo dice...—la muchacha intentaba contener sus nervios, pero éstos se le estaban rompiendo, saltaba a la vista.

—Sí, lo digo —ratificó Stanley Pammell.

—Lo malo es —repuso ella— que quizá sí soy propensa a la locura. No, ya no estoy segura de nada... —un sollozo se le escapó de la garganta—. A veces empiezo incluso a dudar de si me levanto por las noches como una sonámbula y...

Stanley la sujetó por los brazos y la zarandeó.

—¡Cállese! —le exigió—. ¡Es una orden! —y luego, con más suavidad—: ¿No quedamos en que no volvería a pensar cosas como ésta...?

—Sí, sí... —pero apenas atreviéndose a mirarle—. No obstante, todo es tan horrible, que sin quererlo, sin pretenderlo, me siento abogada, asfixiada por esta opresiva sensación...

—Levante los ojos, Rosemary. Míreme abiertamente...— y como ella se resistiera—. ¡Míreme!

La muchacha obedeció. Alzó hacia el joven sus preciosos ojos oscuros, adornados de espesas pestañas. Unos ojos que dejó ver inundados de lágrimas.

—Así me gusta, mirándome a la cara —sonrió Stanley—. Y ahora escúcheme con atención...

—Sí.

—No debe temer nada, en ningún sentido. En principio, yo estoy aquí para ayudarla. No voy a consentir que le pase nada malo. Por lo demás, ¿acaso no tiene confianza en mí?

—Absoluta.

—Entonces, ¿por qué, si no duda de mí, duda de sí misma?

—Cuando me pasan cosas tan raras, tan inexplicables, y pienso que mi padre estaba loco... No sé, pero me entra un miedo extraño, que no termino de asimilar...

—Usted está tan cuerda como yo, Rosemary. Por más que pueda creer algo distinto el asesino...

Hubieron seguido hablando, pero oyeron que bajaba la escalera Olivia Massey y de común acuerdo, sin decirse nada, ambos optaron por callar.

—Seguiremos la conversación en otro momento —le dijo, sin embargo, el detective a la muchacha.

Ella asintió. Simplemente eso.

Olivia Massey entraba ya en la estancia.

CAPÍTULO IX

Aún tenía tiempo, antes de que llegara Mark Hopkins, de ir al despacho a dialogar un poco con el administrador.

Esto es lo que pensó Stanley Pammell. Y segundos después entraba allí, tras llamar con los nudillos a la puerta.

—Adelante —había respondido la voz de Herbert Wilson desde su mesa de escritorio.

Había abierto la puerta, entrando.

—¿Le estorbo?

—No, no, pase usted.

—Me gustaría hacerle una pregunta... —se lo dijo sin rodeos, yendo directamente al tema—. Una pregunta tal vez un poco indiscreta. De todos modos, como usted y yo nos hemos entendido bien desde el principio, no creo que le moleste...

—Supongo que no —pero se puso un poco tirante, un poco envarado, un poco en guardia.

—Se trata de los planos de esta casa.

—¡Ah!

—¿Se esperaba algo distinto?

—Confieso que sí —y sin transición—: Bueno, dígame qué quiere saber de esos planos.

—No han aparecido.

—No.

— A pesar de haber sido buscados...

—Exactamente.

—Lo cual resulta un poco insólito.

—Quizá,

—Viene ahora mi pregunta.

—Su pregunta —dijo el administrador —tal vez un poco indiscreta.

—Sí.

—Hágamela de todos modos. Procuraré respondérsela.

—¿Quién cree usted que ha podido encontrar esos planos y guardarse para sí el hallazgo?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Ésta es ya otra cuestión, otra pregunta. Pero ahora respóndame a la que yo le he hecho primero, se lo ruego. ¿Quién cree usted que ha podido...?

—Por poder, cualquiera de nosotros. Cualquiera de quienes hemos buscado esos planos.

—¿Quiénes lo han buscado...?— quería puntualizar.

—Olivia Massey, Carol, Rosemary y yo... Los cuatro hemos buscado afanosamente esos planos.

—¿Ya no los buscan?

—No.
—¿Por qué?
—Hemos perdido la paciencia.
—¿Quién fue —preguntó —el primero en perderla...?
—Olivia Massey.
—¿Y después?
—Rosemary.
—¿Y después...?
El administrador intentó recordar. Por lo visto no terminaba de acordarse bien.
—Fui yo —terminó diciendo.
—Entonces, Carol fue la más persistente.
—Sí, ella fue la última en abandonar tal empeño. Pero, claro, al ver que nosotros nos cansábamos de buscar, ella también nos imitó. Desde entonces, ya nadie ha vuelto a hablar del asunto. Un asunto, bien mirado, intrascendente.
—¿Usted cree, ciertamente, que es intrascendente?
—Sí. Claro. ¿Por qué iba a creer algo distinto?
—Me dijo el otro día, si no recuerdo mal, que algo parecía haber cambiado en esta casa, y que ese algo le asustaba, le asustaba mucho...
—De acuerdo, dije eso, ¿pero eso qué tiene que ver con los planos, señor Pammell? No creo que exista conexión entre una cosa y la otra, de veras.
—Quizá tenga usted razón y una cosa no tenga que ver con la otra, pero, con sinceridad, no somos del mismo parecer. Desde luego, discrepo de su opinión... A propósito— e inquirió seguidamente—, al empezar esta conversación, ¿qué temía en verdad que yo le preguntara? He aludido al hecho de hacerle una pregunta tal vez un poco indiscreta y creo haber reparado en que se ponía usted muy violento...
Herbert Wilson, el administrador, endureció el gesto de su rostro. Endureció también la expresión de su mirada. Finalmente dijo:
—Temía que me preguntara si me sentía capaz, por el amor de Rosemary, o de la señorita Rosemary, como usted prefiera... si me sentía capaz de... de llegar hasta el crimen...
—Chocante observación la suya, señor Wilson —ironizó Stanley Pammell —. Aquí nadie ha hablado de muertes, así que, compréndalo, resulta un poco insólito que sea usted quien hable de eso.
—Es posible —admitió. Luego dijo—: De todos modos, le voy a responder a esa pregunta que en realidad todavía no me ha hecho...
—Le escucho.
—No, señor Pammell. Por la señorita Rosemary no sería capaz de llegar hasta el crimen —y agregó—: Lo que quiero decir, es que si ella se mancha las manos de sangre, tendrá que responder por sí misma de sus propias acciones. Yo no estoy dispuesto a cargar con sus culpas, y eso que, sinceramente, la quiero...

—Parece, ahora, sospechar de ella... La otra vez que hablamos, simplemente temía por ella... La cuestión está empeorando.

—Reconozco que sí.

—Dígamelo, se lo ruego, ¿por qué ahora recela de ella? Acaba de decir: «Si se mancha las manos de sangre». Francamente, encuentro disparatada tal suposición.

—En las afueras de Mewisson, o de algunas cercanas localidades, se están cometiendo horribles crímenes. Supongo que se ha enterado.

—Sí.

—Si hay muertes, es que hay un asesino.

—Sí, claro.

—Y si hay un asesino, en principio hay un perturbado mental.

—Admitido.

Herbert Wilson añadió finalmente:

—El padre de la señorita Rosemary murió loco. Y la demencia es un mal hereditario, ¿no?

—El otro día, parecía estar seguro de la cordura de ella... —le recordó Stanley.

—Creo..., creo que he cambiado de parecer.

* * *

Estaba esperando la oportunidad de hablar a solas con Mark Hopkins, que había llegado, a pesar suyo, un poco tarde a la velada de aquella noche.

—Se me ha estropeado el coche — había dicho—. No me ha tocado otro remedio que arreglarlo en mitad de la carretera. Bueno, ya estoy en la mejor compañía...

Al decir esto había mirado a todos, pero había sonreído únicamente a Rosemary. Y ésta había correspondido a su sonrisa, si bien de un modo maquinal.

Ahora, lo dicho, Stanley Pammell estaba buscando la ocasión de dialogar a solas con el novelista. No podía dejar de hacerlo. Necesitaba atar unos cuantos cabos aún sueltos.

—¿Estará mucho tiempo en Mewisson? —fue la primera pregunta del detective, ya a solas los dos en un extremo de la estancia.

—Sí, creo que sí —asintió Mark Hopkins. Y reconoció—: Mi novela no avanza lo que yo quisiera.

—¿No le gusta esta localidad? Debe ser eso, que el lugar no le inspira...

—Me encanta el pequeño chalet que he alquilado en las afueras, un lugar idóneo para inspirarse. Pero la verdad es —le guiñó un ojo con gesto de complicidad —que estoy pensando demasiado en una mujer. En consecuencia, no consigo concentrarme lo debido.

—No pretendo pecar de entrometido, pero aseguraría que es Rosemary la mujer que le impide concentrarse.

—Sí, efectivamente —admitió.

No, no le había importado reconocerlo. Debía dar por sentado que sus sentimientos no eran ningún secreto para nadie.

—No me extraña que se sienta atraído por ella —repuso Stanley Pammell—. Yo tampoco he podido escapar al embrujo de su atractivo, de su irresistible encanto.

Dicho esto, quedó expectante. Si Mark Hopkins tenía un carácter violento, agresivo, tal como Carol le había asegurado, sin duda lo demostraría ahora. No podría contenerse.

Pero su reacción fue sumamente pacífica, limitándose a mirarle de un modo amigable, diciéndole:

—Entonces, qué duda cabe, es usted mi rival...—y admitió seguidamente—: Sí, claro, es lógico que la admire. Incluso sería lógico que estuviera enamorado de ella... ¿Cómo no va un hombre a enamorarse de una muchacha tan hermosa?

—Es usted comprensivo —dijo Stanley Pammell—. Ello me congratula.

—¿Por qué no iba a serlo? —sonrió Mark Hopkins—. A conquistarla, o a intentarlo al menos, tiene usted el mismo derecho que yo.

Stanley Pammell pensó que Carol le había juzgado inadecuadamente y que, al menos por aquella conversación, el novelista era un hombre sumamente agradable. La misma impresión, desde luego, le había causado el primer día que le conoció. Pensó Stanley Pammell, asimismo, que ahondar un poco en la charla con el novelista podía serle útil.

—¿Por qué no se enamora de Carol y me deja a mí a Rosemary? —le preguntó, bromeando—: Sería una buena solución.

—¡Oh, no! —Exclamó, bromeando también—: Yo tengo mucho mejor gusto que todo eso... Y no sólo, me refiero a los escasos encantos físicos de Carol —puntualizó—, sino a todo lo demás...

Stanley Pammell comprendió que debía hacerle cuanto antes una pregunta. Así que se la hizo:

—¿A todo lo demás, ha dicho...? ¿A qué se ha referido, exactamente...?

—Al temperamento de esa muchacha.

—Resulta un poco infantil, sí, claro —y quiso ver si aludía a algo más.

—Debido al accidente que sufrió al caerse por la escalera, de eso hace ya años, sin duda está usted enterado...

—Sí, sí...

—Se quedó de ese modo, tan infantil e inconstante...

—¿Ha dicho inconstante?

Era éste, indudablemente, un punto a considerar. Había, por tanto, que recalcarlo.

—Sí, es muy inconstante en todas sus cosas. Ya lo era en sus juegos, en sus travesuras de niña, según su propia madre me ha confesado. Ahora sigue siéndolo, posiblemente pronto se canse de posar para su cuadro... Antes de que lo acabe, seguro que se queja de tener que estar tan quieta...

Desde luego, Mark Hopkins no iba desacertado. No, por descontado que no.

La prueba de ello, que el día antes, el detective acababa de recordarlo, Carol, en efecto, había ya empezado a mostrarse impaciente porque lo de posar durara ya tanto tiempo. Al principio se había mostrado contentísima y alborozada con la idea del cuadro, pero sí, el día antes había dado ya muestras de evidente cansancio.

—Pero lo inconstante que es en sus cosas y lo infantil que se muestra tan a menudo, no consiguen hacer de ella una muchacha desagradable. En el fondo es una chica a la que cuesta poco apreciar. Sin embargo, comparada con Rosemary...—y dejó escapar un silbido de admiración hacia la última mencionada.

—¿Le gusta su temperamento?

—¿El de Rosemary?

—Sí...

—De Rosemary me gusta todo.

—¿No ha reparado nada extraño en ella? —quiso saber.

—No le comprendo.

—Su padre estaba enfermo...—empezó a decir Stanley Pammell.

Quería saber, sin lugar a dudas, si el novelista estaba enterado de la demencia de Peter Adams. Por eso no se conformó con pronunciar estas últimas palabras y le miró fijamente, escrutadoramente.

—Sí, estaba enfermo —asintió—. Ya lo sé. Murió loco.

—¿No ha temido usted, en ningún momento, que Rosemary haya podido heredar...? —no concluyó la frase, no hacía falta concluirla.

—No.

La verdad es que Mark Hopkins acababa de atajarle con indudable brusquedad.

CAPITULO X

Mark Hopkins iba a irse ya. Rosemary se le acercó y le dijo:

—He oído, hace poco, como usted y el señor Pammell hablaban de mi padre, de su enfermedad, de su demencia...

—Si ha oído eso, Rosemary —dijo el novelista—, habrá oído también cómo yo le he respondido, tajantemente, que no he temido en ningún instante que usted...

—Gracias —le interrumpió ella. Al poco, con la mirada más alzada, prosiguió—: Sinceramente, creía que lo ignoraba.

—Es mejor así, ¿no cree? —él a su vez la miró abiertamente—. Las situaciones falsas no llevan a ninguna parte. Ahora ya sabe usted que estoy enamorado... y que no ignoro la verdad.

—¿Es cierto eso...? ¿Está usted enamorado de mí?

—Profundamente.

—Me gusta oírselo decir.

—¿Querrá casarse conmigo, Rosemary? —solicitó ansiosamente.

La muchacha vaciló un poco, algo aturdida, al parecer, por lo inesperado de la pregunta.

—Sí —dijo, poco después.

—Me haces feliz, Rosemary —y mirándola con arrebatada pasión, añadió —: ¡Pero me gustaría tanto que hicieras absoluta, plena, esta felicidad que ahora siento!

—Si en mi mano está el concederla...

—Sí, claro que sí—y con vehemencia—: Anda, ven conmigo a mi chalet. Pasaremos la noche juntos. Serán unas horas maravillosas.

—Mi ausencia llamaría la atención. Mi madrastra, o Carol, o tal vez nuestro administrador... Sí, seguro que uno de ellos, el que fuera, se daría cuenta... Y no, no quiero dar que hablar...

—Espera a que se retiren a sus respectivos dormitorios. Entonces sales del tuyo, bajas, y abandonas la casa. Yo estaré fuera, esperándote en mi coche.

—¿Crees que será posible?

—Sí. Nadie se dará cuenta de nada..

—Bueno, así lo haremos —accedió finalmente Rosemary.

—Procura salir en cuanto te sea posible. De todos modos, aunque tardes, no te preocupes. No me cansaré de esperarte.

—Hasta entonces.

Mark Hopkins abandonó la mansión y entonces Olivia Massey, que desde hacía rato observaba insistentemente a su hijastra, se acercó a ella.

—No me gusta ese hombre —dijo.

—¿Qué hombre? —preguntó Rosemary.

—Ese novelista...

—A mí me entusiasman sus novelas de terror.

—No tergiverses el sentido de mis palabras. Es él quien no me gusta... Y me gusta aún menos, porque veo que no lleva buenas intenciones.

—¿Tú crees...?

—Vete con cuidado, Rosemary. No quisiera que te fiaras de sus frases, más o menos pintorescas, y que luego tuvieras que lamentarlo.

—Mark me ama —repuso la muchacha —y quiere casarse conmigo. Acaba de pedírmelo.

—Si no te ha pedido nada más, me parece bien...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —puntualizó Olivia Massey—, que muchos hombres hablan de matrimonio para luego, seguidamente, pedir algo más... En realidad, ése algo más, es lo único que buscan... Así que, satisfecho su capricho, cambian de idea y ya no piensan más en el matrimonio.

Rosemary le dijo que no se preocupara, que todo iba bien... La verdad es que todo iba mejor que bien. Ella había conseguido exactamente lo que se había propuesto, que fuera el propio Mark Hopkins quien la llevara a su chalet, y quien, por lo demás, estuviera dispuesto a hacerlo con la máxima discreción,

Pero aún era pronto para salir, para reunirse con él. Allí seguía Daniel Haddon, el novio de Carol, quien por lo visto iba a estar aún mucho rato allí.

Sin embargo, Olivia Massey dijo;

—Se ha hecho ya muy tarde.

Un poco torpemente, Daniel Haddon se puso en pie, balbuceó un par de excusas y seguidamente se marchó. Carol le acompañó hasta la puerta.

Ni uno ni el otro repararon en el coche de Mark Hopkins porque su propietario lo había alejado prudentemente de la entrada.

Unos quince minutos más tarde, ya todo en silencio, era Rosemary la que salía de la casa.

Era una noche oscura, así que le costó ver el coche del novelista. Pero sí, estaba allí cerca.

Antes de que llegara, Mark Hopkins ya le estaba abriendo la portezuela.

Apenas estuvo acomodada en el interior del vehículo, la muchacha se sintió abrazada y besada. Mark Hopkins no tardó en murmurar dulcemente a su oído:

—Vamos a ser maravillosamente felices.

—Sí..., sí...—asintió ella.

Pero Rosemary no pensaba en eso, ni en nada parecido. Y se decía para sí: «Estás ansioso por poseerme... Pero yo sólo estoy ansiosa por clavarte veinte cuchilladas... No eres más que un pobre insensato...».

El coche arrancó, deteniéndose al llegar ante la puerta de aquel pequeño chalet que el novelista había alquilado en las afueras de Mewisson.

—Pasa, querida —y luego, ya en el interior—: ¿Qué te apetece? ¿Un whisky?

—Sí—dijo la muchacha—. Un whisky.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Mark Hopkins al reparar en la extraña expresión que había en los ojos de la muchacha.

—¿Cómo te miro?

—De un modo insólito.

—¿Insólito?

—Brillan tus ojos de un modo... —estaba desconcertado—. Como si en ellos se reflejara el resplandor de una siniestra hoguera o las llamas implacables de un incendio...

—¡Qué definición más grandilocuente!—se rió Rosemary—. No, no estás escribiendo una de tus novelas.

—Es que me miras de una forma...—sin saber exactamente el porqué, Mark Hopkins había empezado a sentir miedo—. Como si algo se hubiera perturbado dentro de ti, desquiciándote...

Había hablado sin darse cuenta de lo que decía. De un modo maquinal. Instintivo.

—Vaya, como si me hubiera vuelto loca... ¿Es esto lo que has querido decir?

—¡Oh, no, no! —se apresuró a corregir—. Perdona si te he molestado. Nada tan lejos de mi intención, créeme.

—No me has molestado. En realidad, sé de sobras que estoy desquiciada... Mejor dicho, sé que estoy loca. Sí, tengo perturbadas mis facultades mentales...

Pronunció estas palabras con una frialdad glacial. Ahora, de pronto, sus ojos se habían convertido también en dos trozos de hielo.

—¿Qué dices...? —Mark Hopkins notó que empezaba a temblar—. ¿Qué estás diciendo...?

—Eso, que sé que soy una demente. Por eso he cometido tantos crímenes... Supongo que sabes a qué muertes me refiero... A esas en que las víctimas mueren a cuchilladas... Veinte cuchilladas, dadas implacablemente por una persona que luego desaparece... Una persona a la que la policía no consigue encontrar... ¡Pues esa persona soy yo! —gritó—. ¡Yo, Mark! ¡Y voy a hacer contigo lo mismo que hice con los demás! —y había gritado más y más.

Pero no se había limitado a eso. Había sacado a relucir un afilado cuchillo, cuya hoja brilló espeluznantemente en lo alto.

En lo alto, antes de descender fieramente para dar su primer golpe...

* * *

Stanley Pammell había estado sacudiendo el cuerpo de la muchacha durante varios minutos.

Sólo ahora, tras esos minutos, y tras zarandearla más y mejor, había conseguido que despertara de su sueño.

Rosemary Adams se despertó gritando.

Al ver al detective a su lado, se apretó contra él, se pegó a su cuerpo, se aferró a su cuello.

—Otra vez... Otra vez... —gimió. Luego le explicó—: Pero no, esta vez no he matado a nadie. Iba a hacerlo, sí, lo mismo que otras veces, pero...

—Pero yo la he despertado a tiempo —dijo Stanley—. Me ha costado, no crea. Hace varios minutos que estoy intentando hacerla reaccionar. Tenía el sueño muy cogido... Demasiado... Indudablemente demasiado...

—¿Cómo está dentro de mi dormitorio? —Acababa de percatarse de tal hecho—. Yo he cerrado bien la puerta, y también el ventanal que da a la terraza. Siguiendo sus propias instrucciones, así lo he hecho. Por eso, no comprendo cómo ahora...

—Estaba en el pasillo, pegando el oído a la puerta de este dormitorio. Había oído un ruido, como si alguien estuviera en la estancia... La he llamado por si era usted, Rosemary, que aún permaneciera levantada... Al ver que no me respondía, he comprendido que era un intruso quien se hallaba en esta estancia. Entonces he derribado la puerta a golpes de hombro. Al entrar, la he encontrado aquí en la cama, moviéndose, agitándose, pero durmiendo... Un sueño del que me ha costado mucho sacarla...

—¡Qué horrible es todo esto! —sollozó Rosemary, Entonces se dio cuenta de que

Olivia Massey estaba en el dintel de la puerta, y también Carol. Un poco más atrás, Herbert Wilson.

Comprendió, como así era, que habían acudido allí guiados por los golpes de hombro dados por Stanley Pammell a la puerta de su dormitorio.

—¿Qué explicación tiene todo esto...? —fue el administrador quien, haciéndose paso entre las dos mujeres, Olivia Massey y Carol, se adelantó hacia el lecho.

Rosemary estaba apretada contra el detective, pegada a su cuerpo, aferrada a su cuello. Dando evidentes muestras de profundo desespero.

—Rosemary necesitaba ayuda —dijo Stanley Pammell—, y he derribado la puerta para prestársela.

Se había separado de la muchacha, quedando erguido ante Herbert Wilson.

—No veo —repuso el administrador —qué clase de ayuda podía necesitar.

—Como podrá ver, se halla en un estado tal de nervios, de agitación, que hacía preciso tomar cuanto antes una u otra determinación.

—No comprendo a qué clase de determinación hace usted alusión, señor Pammell.

Mientras se cruzaban estas palabras, Rosemary había abandonado el lecho, cubriéndose con una bata larga. Lo que hizo con cierta presteza dado lo ligero de su camisón de noche. Y ya con la bata larga debidamente anudada al talle, miró a todos, haciéndoles saber:

—Estoy muy agradecida al señor Pammell. Se preocupa de mi seguridad. Algo que no hacen los demás...

Como sea que pareciera una indirecta, tal vez lo era, el administrador se

dio en seguida por aludido.

—Yo no creía que necesitaras ayuda, Rosemary —y añadió—: ¿La necesitas en verdad...?

—Derribar una puerta, así porque sí, lo cierto es que lo encuentro un poco excesivo... —opinó Olivia Massey,

—Creo lo mismo —dijo a su vez Carol.

—Por favor, retírense —intervino Stanley Pammell—. Rosemary no está ahora en condiciones de hablar con nadie. Sólo conmigo.

—Si no está en condiciones de hablar con nadie —recalcó Herbert Wilson —, también usted está de más.

—Este es un dormitorio—repuso Olivia Massey—. Un lugar en el que usted, por el mero hecho de ser un hombre, no resulta correcto que se quede. Hágase cargo.

—Debo quedarme —insistió Stanley—, Por el bien de Rosemary, así debe ser. Quiero creer que se hacen cargo. Por lo demás, no se inquieten... Sólo estaré unos minutos... Y ahora, por favor, retírense...

No terminaba de complacerles la idea, pero finalmente iniciaron el retroceso hacia la puerta de salida.

—Gracias... Gracias... —dijo Rosemary al ver que se marchaban.

Demostró que ella también quería quedarse a solas con el detective. Un detective que para los demás era tan solo un simple pintor.

Ya sin testigos, la muchacha volvió a apretarse contra el fuerte pecho de él. Sólo entonces, entre sollozos, le confesó:

—Nunca he sentido más miedo del que siento ahora... No, ya no estoy segura de nada... Ya no estoy segura ni siquiera de mí misma... Esta ha sido la gota que ha desbordado el vaso... Creo que me estoy volviendo loca, loca...

Los brazos de Stanley Pammell se alzaron, pero no para abrazarla, lo que por un lado estaba deseando hacer, pues no en vano aquella muchacha era una auténtica preciosidad.

Alzó los brazos para zarandearla, como hiciera minutos antes para despertarla. Alzó los brazos para cogerla fuerte por los hombros, y sacudirla, y hacerla reaccionar. De aquel momento, indudablemente, dependía todo.

—¿No se da cuenta de que es esto, precisamente esto, lo que pretende el asesino...? ¡Sí, pretende que se desquicie, que se perturben sus facultades mentales! En ese caso —recalcó—, al cumplir los veintiún años no cobraría la herencia... ¿Acaso no lo ve claro? ¡Pues bien claro está!

—Sólo pienso en una cosa —dijo Rosemary—, en que soy hija de un loco y que no tiene nada de anormal que yo acabe igual...—y llena de llanto y sollozos, estaba perdiendo por instantes el control de sus nervios.

—Tiene mucha razón —repuso Stanley Pammell—. Bueno, la tendría si usted, Rosemary, fuera verdaderamente hija de Peter Adams...

La muchacha, perpleja, abrió mucho los ojos.

—¿Sabe por qué el doctor Reevens, el psiquiatra, le dijo que su caso correspondía más a un detective que a él mismo? Pues, sencillamente, porque

el doctor Reevens sabía por su propia madre que usted era hija de unas relaciones ilícitas... De una atracción, de un capricho que su madre no pudo evitar... Nada demasiado reprobable, si se tiene en cuenta que su marido, por aquel entonces, sufría de constantes enajenaciones mentales, haciéndole sufrir un verdadero calvario. En conclusión, Rosemary, usted es hija de dos personas completamente normales —y agregó—: De ser hija de Peter Adams, hágase cargo, el doctor Reevens no la hubiera soltado tan aprisa... Ya en principio hubiera sospechado de usted misma, no de sus pesadillas, sino de quien le decía que las padecía... Pero no, el doctor Reevens sabía que usted estaba totalmente cuerda... Por eso, comprendiendo que sucedía algo al margen de sus conocimientos como doctor, la puso en mis manos...

La muchacha seguía con los ojos muy abiertos.

—Sabido y aclarado esto —puntualizó el detective—, y ya segura de sí misma, pues en realidad ya no puede ser de otra manera, actuará en consecuencia... Actuará como yo le diga. De esta forma, atraparemos al culpable en menos tiempo del que un hombre decidido tarda en dar un beso a una chica guapa.

Los brazos varoniles ya no zarandeaban a la muchacha.

Ahora, por el contrario, la estrechaban muy fuerte.

Y también la besó.

Claro que sí.

Stanley Pammell era un hombre decidido.

CAPITULO XI

Olivia Massey había invitado a cenar a Daniel Haddon, novio de su hija Carol, y también a Mark Hopkins, el novelista. A éste último, Rosemary se alegró de verle sano y salvo, pues después de su último sueño ya no sabía en realidad qué podía haber sido de él. Aunque, claro, si el sueño se interrumpió antes de que ella le matara, lo lógico era presumir que el asesino no se hubiera tomado la molestia de cometer un crimen más. No hubiera tenido sentido. Hubiera carecido de auténtica finalidad. Así, pues, estaban siete personas reunidas alrededor de la mesa. Olivia Massey y su hija, y el novio de ésta, y Rosemary, y Mark Hopkins. También el administrador y Stanley Pammell. Total, en efecto, siete personas. La cena, había resultado deliciosa y todo hacía presumir que la reunión concluiría, como había empezado, del modo más encantador. Sin embargo, de pronto, la expresión de Rosemary se crispó, se contrajo, y su mano derecha, convertida en un puño cerrado, furiosamente apretado, descargó un tremendo golpe sobre la mesa. Todos volvieron la mirada hacia ella, asustados de aquella violenta e inesperada reacción. Se encontraron con que Rosemary desorbitaba la mirada de una forma verdaderamente desquiciada.

—¿Qué te pasa...? —Olivia Massey se mostró, no sólo inquieta, sino también profundamente asustada.

—¿Qué te sucede...? —preguntó Carol, sin salir de su asombro.

Mark Hopkins no acertó a inquirir nada. Tampoco Herbert Wilson. Fue Stanley Pammell, pues, el único de los tres hombres quien acertó a decir:

—Me parece que se encuentra un poco trastornada...

Rosemary Adams se puso súbitamente en pie, y se quedó mirando al detective de una forma furibunda, arrebatada.

—¡Pues bien, si, estoy trastornada!—exclamó, alzando histéricamente la voz—. Pero no en un sentido sencillo y vulgar... —ahora se rió, como si su propia aclaración le hubiera parecido lo más gracioso del mundo—. ¡Trastornada, sí; pero en el peor sentido...! ¡Porque la verdad es que estoy loca, demente, y lo sé...! ¡Sí, lo sé, y no me avergüenzo de reconocerlo!

—¿Qué estás diciendo? —horrorizada por aquellas palabras y por el modo exasperado como habían sido pronunciadas, Olivia Massey se había llevado las manos a la boca, como queriendo ahogar el grito de espanto que pugnaba por salir de sus labios.

—¡Digo la verdad!—exclamó de nuevo Rosemary, y seguía alzando histéricamente la voz—: ¡Estoy loca! Y la prueba está en los crímenes que he cometido...

—No sabes lo que estás diciendo —Carol se había quedado blanca como una muerta—. Tú eres incapaz...

—¡Sí, soy capaz!—gritó Rosemary, y continuaba desquiciando el gesto y desorbitando la mirada—. ¡Y por eso lo he hecho...! ¿Recordáis la muerte de

Tom Jagger, el hombre de la cicatriz en la mejilla derecha.,.? El que fue hallado muerto en su casa de campo, sobre su lecho, con veinte cuchilladas en el cuerpo... Aquel en cuya misma habitación se encontró una enorme serpiente, cuya cabeza había sido seccionada por un hacha. ¡Pues fui yo quien lo mató! ¡Yo! ¡Yo!

—No digas disparates —la voz de Stanley Pammell se había alzado poderosa, potente.

—¡Sólo os digo lo que es cierto! —Exclamó Rosemary—. ¡Ya no quiero guardar más mi secreto...! —Y seguidamente—: ¿Recordáis el crimen cometido en la persona del viejo Taylor...? El que vivía en una destartalada cabaña, junto al río,.. Fui yo quien le mató, también de veinte cuchilladas... Lo mismo que a su nieto, un niño de unos tres años, rubio como un querubín...

—Por favor, Rosemary, no hable así —suplicó Mark Hopkins, a quien todo aquello se te antojaba excesivo. Ni para una de sus novelas le hubiera parecido aceptable.

—¿Por qué no he de hablar así, si me ciño a los hechos concretos?—gritó Rosemary, y ahora dio con el puño varios golpes sobre la mesa, haciendo vibrar aparatosamente platos, vasos y cubiertos—. ¡Yo los maté, y no siento remordimientos! ¡Volvería a hacerlo!

—Está bromeando con poco gusto —dijo Stanley Pammell—, No debiera hacerlo.

—¡No bromeo! ¡No bromeo!— exclamó Rosemary, cada vez más histérica —. ¡Fui yo quien acabó con ellos...! Tom Jagger me hizo ir a su casa de campo valiéndose de una vil artimaña... Para poseerme, rasgó mis ropas y me desnudó, y me amarró con cuerdas a la cama... Pero yo pude desatarme, cogí un cuchillo y le maté. Al día siguiente, sí, sí, mis ropas estaban destrozadas... Mi blusa y mi falda, rasgadas...

—No se invente historias —dijo Stanley Pammell, serio, grave.

Olivia Massey no acertaba a hablar, ni a moverse, ni a nada. Tampoco el administrador. Tampoco, asimismo, Daniel Haddon. Otro tanto puede decirse de Mark Hopkins y de Carol. En conclusión, sólo el detective había intervenido.

—No me invento nada —y los oscuros ojos de Rosemary, tan bellos, ofrecían ahora una mirada de pura demencia. Seguidamente agregó—: Al viejo Taylor no le maté por nada particular. Sólo porque tenía deseos de verter sangre, sangre... En cuanto al niño, si no hubiera estado allí... Pero estaba, y pensé que debía correr la misma suerte que su abuelo... Al día siguiente, el cuchillo aún estaba en mi mano...

—¡Cállese!—exclamó Stanley Pammell, y con decisión dio la vuelta a la mesa y se acercó a la muchacha, cogiéndola duramente por un brazo.

—¡Suélteme! —le exigió Rosemary.

—¡No!—negó enérgicamente Stanley Pammell—. No. mientras no concluya con esta sarta de disparates... Está nerviosa, excitada, los nervios se

le han roto, pero de eso a que sea la culpable de esos abominables crímenes...

—¡Sí, soy la autora de esas muertes!—gritó de nuevo Rosemary. Y añadió tras una breve pausa, en la que su respiración se hizo verdaderamente jadeante—: Ya veo que no me cree. ¡Pues le demostraré que es cierto! ¿Y sabe cómo voy a demostrárselo...? ¡Una noche le mataré a usted! ¡De veinte cuchilladas, como a los demás!

Pronunciadas estas palabras, un silencio glacial se abatió sobre aquellos siete personajes.

Todos quedaron quietos, paralizados.

Espantados.

Aterrorizados.

No, todos no. Stanley Pammell dijo:

—Está nerviosa, pero se le pasará pronto, estoy seguro... Por favor, señores, no den importancia al incidente...

* * *

El resto de la velada había transcurrido de un modo forzado y violento, por más que unos y otros habían intentado suavizar en lo posible la situación.

Es cierto que Rosemary se había ido calmando poco a poco y que terminó echándose a llorar, rogando encarecidamente que la disculparan por aquella escena absurda que en realidad no había tenido razón de ser. Todo se lo había inventado ella. Aún no sabía por qué.

Pero su llanto y su arrepentimiento, en lugar de dejar la situación más clara, la enrareció, la puso más tensa. La muchacha acababa de comportarse, evidentemente, como una persona cuyas facultades mentales dejan mucho que desear.

Sin embargo, a la hora de acostarse, cuando ya Daniel Haddon y Mark Hopkins se habían ido, mientras subían la escalera hacia sus respectivos dormitorios, Stanley Pammell consiguió acercarse discretamente a ella y decirle:

— Lo ha hecho muy bien. Hubiera servido para actriz. La felicito.

CAPITULO XII

Todo en la mansión estaba en el más absoluto silencio. Un silencio que parecía haberse hecho material, corpóreo.

Alguien empezó a subir la ancha escalera. Pero la escalera se hallaba cubierta por una gruesa alfombra, de eso que sus pasos, de tan amortiguados, no se dejaran sentir lo más mínimo.

El silencio, pues, siguió tan intenso como antes. Pero ahora era un silencio que daba la sensación de no augurar nada bueno.

Aquellos pasos se detuvieron a mitad de la escalera. No cabía duda, aquella persona quería asegurarse, antes de seguir adelante, de que nadie iba a descubrirle.

Pasados unos segundos, continuó subiendo. Ya arriba, se dirigió hacia la última puerta al final del pasillo. Era la puerta que correspondía al dormitorio de Stanley Pammell.

Al llegar allí, miró la ranura, bajo la puerta. No, no había luz. Entonces sujetó el pomo y lo giró suavemente, muy suavemente.

No estaba seguro que respondiera a su gesto. La puerta podía estar cerrada por dentro. Para tal posible coyuntura llevaba una ganzúa. Pero el pomo cedió, entreabriéndose la puerta.

Antes de abrirla más, prestó atención, no fuera a ser que Stanley Pammell estuviera aún despierto. Podía darse ese caso. Había que pensar en todo.

No oyó nada. Todo seguía en el más absoluto silencio. Eso equivalía a que Stanley Pammell dormía profundamente.

Abrió más la puerta y se coló dentro.

En la cama destacaba el cuerpo de su próxima víctima. Para verlo, le bastaba con la claridad que se filtraba por la ventana. Era una claridad muy tenue, pero resultaba suficiente para ver dónde tenía que clavar implacablemente su cuchillo.

Un cuchillo que acababa de sujetar en la mano derecha y que, ya junto al lecho, alzó en el aire.

Instantes después, lo descendía rabiosamente, furiosamente, clavándolo de forma inexorable en aquel cuerpo que reposaba allí.

Mejor dicho, en aquel bulto...

Porque en aquel momento se dio cuenta de que aquel cuerpo no era tal, sino un mero bulto debidamente colocado bajo la sábana.

Percatado de ello, supo al instante, claro está, que acababa de caer en una encerrona.

Sin embargo, aún podría escaparse antes de ser visto. ¡Sí, se daría prisa por salir de allí!

Pero apenas dio media vuelta sobre sus talones, vio recortarse en el quicio de la puerta la alta y atlética figura de Stanley Pammell. Quien debía ser su víctima se había convertido, del modo más imprevisible, en la persona que

evidentemente quería darle caza.

—De nuevo frente a frente —repuso el detective, mientras dirigía su diestra hacia el interruptor de la luz.

—No encienda...—dijo un extraño tono de voz. Ese tono de voz que el detective oyera ya en el interior de la cabaña, junto al río—. No encienda... A oscuras nos entendimos la primera vez. A oscuras podemos entendernos ahora.

—No salió muy bien librado esa primera vez a la que usted alude— le recordó Stanley—. Si me lo hubiera propuesto, ya entonces habría sido detenido. Pero en cierto modo temía que no fuera realmente el asesino y esa duda le salvó, Pero ahora — añadió—, de nada le sirve ya falsear el acento de su voz, ni querer ocultar su verdadera personalidad en esta oscuridad... Sé ya de sobras quién es usted...

—¿Lo sabe?

—Sí —y sin vacilaciones exclamó—: ¡Es usted Daniel Haddon!

Dicho esto, pulsó el interruptor de la luz y ésta, desde la bombilla que pendía del techo rodeada de un bombo de cristal, inundó la habitación.

En efecto, allí, junto a la cama, con el cuchillo en la mano, estaba el novio de Carol, el ex trapecista.

—¿Cómo lo ha sabido...? —y Daniel Haddon, viéndose ya desenmascarado no se tomó la molestia, como es lógico, de seguir falseando la voz.

—Hace bastante que lo sospechaba —dijo Stanley Pammell—, pero me convencí de ello cuando alguien hizo alusión a lo inconstante que es Carol en todas sus cosas... Así pues, si es tan inconstante, ¿por qué fue la última en cansarse de buscar los planos de esta casa? Primero dejó de hacerlo Olivia Massey, luego Rosemary, seguidamente el administrador... Sí, Carol fue la última en dejar de buscar... ¿Por qué, si es siempre tan inconstante? Pues, sencillamente, porque había sido ella quien había encontrado esos planos... Siguiendo con la búsqueda, en la brecha, pretendió despistar... En realidad —siguió diciendo—, podía ser ella, exclusivamente ella, la que se llevara un plan... Pero no, Carol es una mente infantil, de la que ciertamente no puede esperarse tanto... Por consiguiente, alguien había tras ella... Y al llegar a este punto, se daba inevitablemente con usted... Con usted, señor Daniel Haddon, que debió pedirle que, si tales planos caían en sus manos, ella se los diera... Para justificar su petición, formularía cualquier excusa. Cualquiera debió ser válida para enredar a una muchacha de tan pocas luces. Pero consiguió su propósito, que ella hiciera lo que usted le pedía, y que callara...

—Le dije una vez que no era usted tonto. Reafirmo lo dicho.

—Acepto el cumplido por segunda vez. En cuanto al porqué de su pretensión, me resultó sencillísimo adivinarlo... Si usted convencía a todos de que Rosemary estaba mal de la cabeza, como su padre, su dinero iría a parar a manos de Olivia Massey... Ya en poder de ella, a usted le costaría poco el conseguirlo para sí... Antes o después... Sí, claro, todo sería para usted, para

algo se habría casado con Carol... El resultado no podía fallar,..

—Sí, sí —asintió Daniel Haddon.

—Pero ignoraba algo realmente primordial. Entrar secretamente en la casa, tener expeditos los pasadizos secretos e ir a parar al dormitorio de Rosemary, no iba a servirle de nada... Sí, ya sé que su padre era un magnífico hipnotizador... Sé también, que tras el accidente que sufrió en el trapecio, usted se proponía dedicarse a lo mismo que su padre... El director del circo, con el que me puse en comunicación telefónica el otro día, me informó de ello... Entonces lo comprendí ya todo... Bueno, para comprenderlo todo me faltaba saber que su madre era ventrílocua... De ella, sin duda, aprendió usted eso de cambiar el tono de su voz...

Esta vez Daniel Haddon no intercaló palabra ninguna.

—Le decía, que ir a parar al dormitorio de Rosemary no podía servirle de mucho... ¿Sabe por qué? Su trabajo ha sido impecable, no lo dudo, Sí, ha sabido hipnotizarla mientras dormía, del modo más perfecto, haciéndole creer, casi, casi, que ella era la autora de esos crímenes... Pero para que usted triunfara, le habría hecho falta que Rosemary fuera realmente propensa a la demencia, y no, Rosemary está perfectamente cuerda. De ello que con mi ayuda, todo haya acabado bien para nosotros y mal para usted...

— Reconozco que la hipnotizaba mientras dormía —admitió Daniel Haddon—, y que luego cometía yo esos mismos crímenes para que ella se creyera la autora de los mismos, para que, en consecuencia, su mente se desequilibrara... Con idéntico fin, rasgué sus ropas en una ocasión, hiriendo sus muñecas y manchando de sangre su cuerpo. En otra ocasión, le dejé el cuchillo en la mano... La última vez, tuve que huir precipitadamente porque usted se puso a dar golpes de hombro a la puerta, con la evidente intención de derrumbarla.

—Todo eso lo sabía yo —repuso Stanley Pammell—. Por eso le hice decir a Rosemary, ante todos los presentes, que iba a matarme a mí... Sabía que usted no desaprovecharía esa, al parecer, inmejorable oportunidad, y que vendría a mi habitación. Una vez yo muerto, todo estaría ya dicho y sentenciado, y Rosemary sería dada como loca. Sin embargo, Rosemary y yo lo único que nos proponíamos era que el asesino mordiera el anzuelo...

—¡Huiré de aquí!—exclamó Daniel Haddon—. Nadie me lo impedirá. Pero, claro —añadió—, debí eliminarle antes... Sí, debí hacerlo, así no hubiera llegado a esto... Fui a merodear alrededor de la cabaña del viejo Taylor, al día siguiente de matarle... Sólo por curiosear... Fue entonces cuando reparé en usted y me escondí en aquella otra cabaña... Pensé en eliminarle y me propuse hacerlo... No, no lo conseguí, fue una lástima... De todos modos, no he caído aún en su poder... Ni caeré... Ni lo piense siquiera... Sabré escurrirme como una anguila...

En aquel momento, Olivia Massey y Carol aparecieron en la puerta, junto al detective.

—¿Qué sucede...? —preguntó Carol, pestañeando desconcertada ante lo

que estaba viendo y no terminaba de asimilar.

—Usted encontró los planos y se los entregó a su novio —repuso Stanley Pammell—. Su novio le rogó que no lo dijera a nadie y que siguiera buscando, para despistar... Usted lo hizo así, ¿no es eso? —se había dirigido abiertamente a la muchacha.

—Sí, sí —y Carol seguía terriblemente desconcertada. Luego añadió—: Me dijo que no sabía exactamente por qué, pero que tenía miedo de que a mí pudiera sucederme algo malo... Me dijo que así, teniendo los planos en su poder, podría entrar y salir de la casa a su comodidad, en el mayor secreto, y ayudarme si resultaba preciso... Yo todo eso no lo entendí muy bien, pero él me aseguró que eso convenía a nuestra felicidad... Como insistiera en que callara, en que no se lo dijera a nadie, ni siquiera a mi madre, pues le obedecí...

—¡Huiré de aquí! —exclamó Daniel Haddon—. ¡Nadie me lo impedirá!

—Os ofrecí quince mil libras...—recordó Rosemary.

—Eso era poco —dijo Daniel Haddon—, Muy poco, comparado con lo que hubiera podido conseguir a no ser por este maldito pintor...

Y retrocediendo, salió velozmente por la otra puerta que tenía la habitación.

Esa otra puerta comunicaba también con el pasillo, si bien por otro lugar más alejado.

Stanley Pammell corrió tras él, en su persecución. No sabiendo, en un principio, a dónde daba aquella puerta. Pero como fuera, estaba dispuesto a que aquel hombre no se le escapara.

Por muy ágil que Daniel Haddon pudiera ser, él no se quedaría atrás.

Sin embargo, Daniel Haddon conocía los pasadizos secretos de la casa y si alcanzaba alguno, podía desaparecer por allí y ya no volver a dejarse ver por mucho que se le buscara.

Se trataba, por tanto, de darle alcance antes de que pudiera conseguir su objetivo.

Desde luego, Daniel Haddon era muy ágil y esquivó a Stanley Pammell en el pasillo. Esto en un principio. Luego, de un brinco se subió a lo alto de la barandilla de la escalera y desde allí se lanzó hacia uno de los brazos de la enorme lámpara de bronce, de ocho brazos, que pendía del amplísimo vestíbulo.

Debido al impulso de su caída, la lámpara se movió hacia adelante y luego en sentido contrario, con ritmo de péndulo. Después, de nuevo hacia adelante. Y Daniel Haddon, ahora, aprovechó el vaivén para dejarse, caer en el vestíbulo, lo más lejos posible. En realidad sólo había hecho, poco más o menos, lo que tantas veces hiciera en el trapecio, en el circo en el que hasta hacia poco había trabajado.

Stanley Pammell hubiera podido correr escaleras abajo, pero hubiera perdido demasiado tiempo dado la curva pronunciada que formaba la misma. Hacer eso, hubiera significado conceder a Daniel Haddon el tiempo preciso

para desaparecer definitivamente en cualquiera de las estancias de la planta baja.

Por lo que, sin pensárselo más, subió a su vez de un brinco sobre la balaustrada de la escalera, lo mismo que acabara de hacer Daniel Haddon, y desde allí se quedó esperando a que la lámpara volviera a dirigirse hacia él.

Seguía con su impulso, en su vaivén de un lugar para otro, en su ritmo de péndulo y ahora en este momento, estaba cerca de él.

Stanley Pammell se echó al vacío.

Midió perfectamente los segundos.

Quedó colgado en uno de los brazos de bronce. Quedó colgado unos breves instantes. Sólo los precisos para que la lámpara se fuera hacia el otro lado.

Entonces, se soltó.

Cayó a escasos metros de Daniel Haddon, quien no había podido esperarse, ni por asomo, que Stanley Pammell le persiguiera siguiendo sus mismos métodos.

Aún, empero, quiso escapar.

No lo consiguió.

El detective le alcanzó en seguida, cayendo sobre sus piernas y derribándole.

Seguidamente se enzarzaron en una pelea a puñetazos.

Una pelea, eso sí, en la que Stanley Pammell no tuvo enemigo. O si lo tuvo, careció de auténtica peligrosidad.

Sin un cuchillo en la mano, Daniel Haddon no era un adversario de cuidado. Por tal, Stanley Pammell no tuvo necesidad siquiera de sacar a relucir su automática.

Instantes después, tras un golpe contundente de karate, le tenía tendido sin sentido a sus pies.

—Asunto sentenciado —dijo.

CAPITULO XIII

—Ahora que todo ha concluido —dijo Rosemary al detective—, supongo que se irá de aquí, que nos dirá adiós,

—Muy a pesar mío, créame —aseguró Stanley Pammell—. Empezaba a tomarle cariño a este asunto. Pero no, no voy a decirle adiós. Volveré a visitarles dentro de muy poco. Si a usted no ha de parecerle mal...

—Me parecerá de maravillas.

—Entonces podremos empezar a hablar de la boda.

—¿De qué boda?

—¿De qué boda va a ser? De la nuestra.

—¡Ah, vaya, se me está declarando...!

—Con todas las de la ley.

No hablaron más.

Stanley Pammell se había acercado a la muchacha, estrechándola entre sus brazos y uniendo sus labios a los de ella con verdadero entusiasmo.

FIN